

BiCentenario

el ayer y hoy de México



Un villista regresa
del exilio

La Plaza Mayor
en el siglo XVIII

Feminicidio
el monstruo está aquí

54

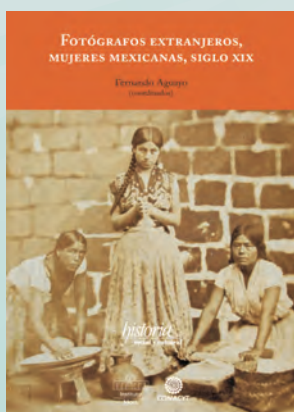
LAS HUELGAS DE 1958





Campañas, agitación y clubes electorales

Alicia Salmerón y Fausta Gantús (coords.)



Fotógrafos extranjeros, mujeres mexicanas, siglo XIX

Fernando Aguayo (coord.)

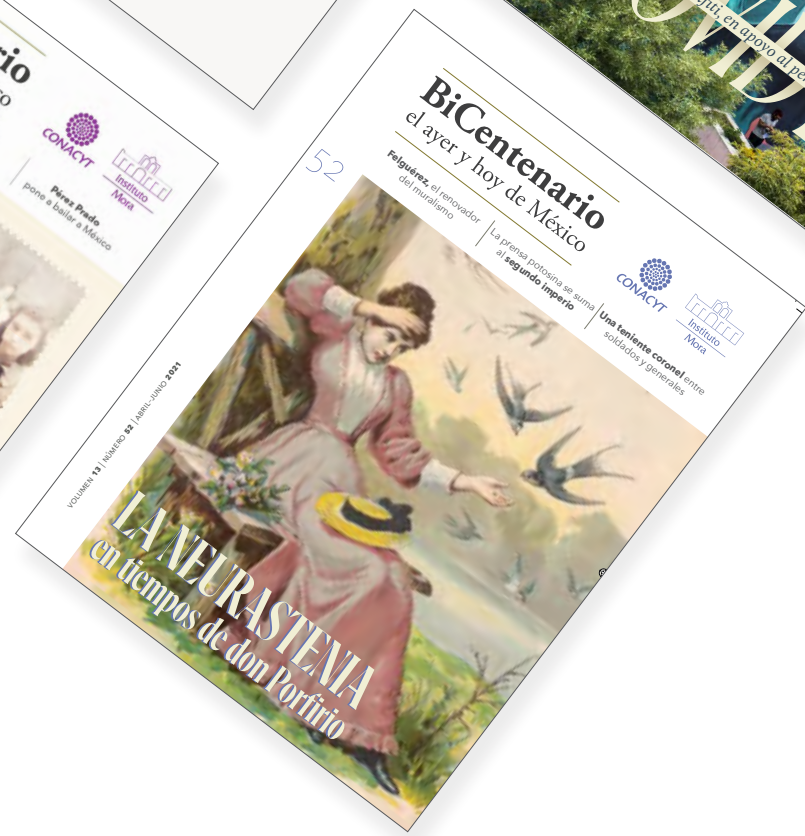
¿YA CONOCES EL REPOSITORIO DEL INSTITUTO MORA?

148 autores

Más de 200
publicaciones

<https://mora.repositorioinstitucional.mx/jspui/>





SUSCRÍBASE A BICENTENARIO

4 Números

En la Ciudad de México

\$320 pesos
más gastos de envío

Interior de la república

\$320 pesos
más gastos de envío

Resto del mundo

\$35 USD
más gastos de envío

Solicite más información
y formas de pago en

bicentenario@mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx

ÍNDICE

ARTÍCULOS 06–Charros y *Jockeys*. Encuentro de dos mundos. **FAUSTINO A. AQUINO SÁNCHEZ** | **14**–Las fiestas del Rey Momo en la Mérida porfiriana. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **22**–El exilio de un villista en Estados Unidos. **IGNACIO EMERIO ANAYA MINJAREZ** | **28**–José Vasconcelos y el proyecto de educación y cultura. **JOSÉ ÁNGEL BERISTÁIN CARDOSO** | **36**–La fiesta del “niño pobre” en el centenario de 1921. **SERGIO MORENO JUÁREZ** | **44**–La presión empresarial a Ruiz Cortines y López Mateos. **CÉSAR CRUZ ÁLVAREZ** | **DESDE HOY 54**–Y cuando despertó el feminicidio estaba allí... **DIANA GUILLÉN** | **ARTE 62**–La Plaza Mayor. Vistas urbanas de Manuel de Arellano. **ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO** | **TESTIMONIO 70**–Guillermo Keller. Fotografía aérea de la Ciudad de México. **GUSTAVO PÉREZ RODRÍGUEZ** | **CUENTO 80**–Cosa de todos los días. **SILVIA L. CUESY** | **ENTREVISTA 88**–“Soy fundador de las artes marciales en México”. **IVÁN LÓPEZ GALLO** | **SEPIA 96**–Quiero ser niño. **DARÍO FRITZ** ✦

Foto de portada

Nacho López, Manifestantes con una bandera frente a Palacio Nacional [coloreada], Distrito Federal, México, ca. 1958, inv. 376597, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO
vol. 14, núm. 54, octubre-diciembre de 2021, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL

Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Norberto Nava Bonilla
Edición: Darío Fritz
Diseño editorial: Héctor Gómez

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

EDITORIAL

El segundo centenario de la consumación de la independencia del país se presagia gélido e intrascendente. La distancia temporal, la agitación del presente, la corrosiva conmoción de una pandemia sin atenuantes a mediano plazo, ilustran un panorama reactivo a las conmemoraciones. Los números redondos suelen ser una buena excusa tanto para celebrar como para repensar, tañer las campanas o revisar aquello que fue, romper el cochinito para empalagarnos de fastuosidad o reescribir una historia que el tiempo permite escrutar con otros ojos.

En *BiCentenario* nos propusimos analizar cómo fue aquella gesta final de un proceso que llevó poco más de una década, tan incruenta como expeditiva desde el momento en que nace el Plan de Iguala. Y también sorpresiva en el liderazgo: un militar realista que combatió a los insurgentes y que de pronto se vuelca por la causa contra la cual combatió. Y aun así, resulta aceptado por quienes bregaban desde mucho antes que él por liberarse de la corona española.

¿Fue Agustín de Iturbide, un conciliador del momento, ganador de aplausos y reconocimientos en 1821, que pretendía un cambio de figuras en el poder a base de intrigas y contubernios, para perpetuarse en el naciente imperio? ¿Fue el hombre que prometía ser servicial a la patria y acabar con la anarquía, según su Manifiesto póstumo escrito en el exilio (se reproduce parte de él en estas páginas)? o, ¿fue una víctima de su tiempo, de los pensamientos e ideas de la época, incapaz de ver a futuro una emancipación auténtica más que una continuidad de la desgastada monarquía hispánica?

Hace un siglo, con la primera conmemoración centenaria, su figura comenzó a ser eclipsada y vilipendiada, bajo argumentos que se mantienen hasta el presente. El Plan de Iguala y el propio Iturbide eran considerados como reaccionarios, conservadores y contrarrevolucionarios, opuestos a todo progreso y defensores de los privilegios corporativos. Se rescataba entonces el proceso de emancipación, y se rechazaba al personaje, pero acababan derrotados los matices.

Como bien se señala en las páginas de esta edición, la brevedad de la experiencia imperial inaugurada en 1821, así como su fracaso, no deberían llevarnos a minimizar la importancia de Iturbide en el proceso de independencia. El final, incluso, bien pudo haber sido distinto. Por ello, se trata de comprender en su tiempo y desde los valores propios del periodo los hechos que entonces tuvieron lugar y las actuaciones de los actores, incluidas sus contradicciones.

Revisar quién fue Iturbide y sus motivaciones, intereses e intrigas, así como el convulsionado México previo e inmediato a la emancipación, es parte de esta propuesta de lecturas. Hay otros personajes, situaciones y acontecimientos que se requieren desmenuzar para entender la complejidad de un momento fundacional.

Así, la maquinaria estratégica y política-militar que urdió el Plan de Iguala nos permite asomarnos a los resultados –su aceptación no escrita por otros líderes militares regionales– que dan lugar a la legitimación del liderazgo iturbidista. A todos convenía, aunque el temor al fracaso hacía tímidos los apoyos. Que fuera Vicente Guerrero, insurgente desde las primeras horas –dedicamos un amplio perfil sobre su participación–, el único que otorgara un apoyo escrito, da cuenta de las desconfianzas que parecían hacer endeble el proyecto. Iturbide, estratégico en sus movimientos, supo al mismo tiempo granjearse el apoyo de dos militares como él, Ramón Rayón y Vicente Filisola, que fortalecerían al Ejército Trigarante. Aquí te contamos por qué. Sin embargo, otras zonas del país, ya sea por la distancia, el olvido y la escasa población, permanecerían ajenas. Son los casos de los territorios del norte, sumados casi por inercia a la independencia, y a los cuales la emancipación les supo a más de lo mismo: el abandono persistió hasta que en unos pocos años la ocupación estadounidense selló tanta desidia.

Aquellos días de revuelta incipiente dan cuenta también de acontecimientos marcados por la suerte, como la detención del secretario de Iturbide, de quien podemos ver en su confesión la entrega de información valiosa, aunque el virreinato no lo valorara en su verdadera dimensión.

Un acercamiento a la necesidad de rediscutir a Iturbide nos puede aportar también la obra pictórica *Alegoría de la Independencia*, realizada en el siglo XIX, donde el militar vallisoletano comparte el óleo con Miguel Hidalgo y Costilla, en una proclamación que los presenta juntos, con actitudes y presencias diferentes, aunque parte de un mismo proceso histórico. Ambos tienen el mérito de haber dado libertad a la patria.

En esto se resume la edición especial de *BiCentenario* que dejamos en tus manos. El debate sigue abierto, la necesidad de revisar esos tiempos, como tantos otros, es parte de nuestro compromiso con el presente.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Directora General

Dra. Gabriela Sánchez

Secretario General

Mtro. Alejandro López Mercado

Director de Investigación

Dr. Gustavo Sadot Sosa Núñez

Directora de Docencia

Dra. María José Garrido Asperó

Director de Administración y Finanzas

Lic. Domingo López Hernández

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Tiempo Extra Impresores, calle 32, número 66, colonia Campestre Guadalupana, C. P. 57120, Estado de México. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2021. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

Tipografías usadas en la edición.

Bely Display/Roxane Gataud.

Minion Pro/Robert Slimbach.

Avener Next/Adrian Frutiger-Akira Kobayashi

Correo del lector



Tuve la oportunidad de revisar el número 52 de *BiCentenario*. Quisiera felicitar a los colegas que han contribuido en él, así como a todo el equipo por su excelente trabajo.

María Teresa Remartínez



Pasadas las elecciones, las mujeres deben fortalecer sus derechos, sobre todo su voto, el cual, como dice en “Los cimientos del voto femenino”, costó obtener.

Margarita Romero



Vale la pena leer “Claves para legitimar el traje de charro” (*BiCentenario* núm. 35). Sobre ese tema, deben recomendarse las novelas *Astucia*, de Luis G. Inclán, y *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano, las cuales muestran muy bien que no todo el que viste de rancharo y monta a caballo es charro.

Iván Reynaldo Silva Ramírez

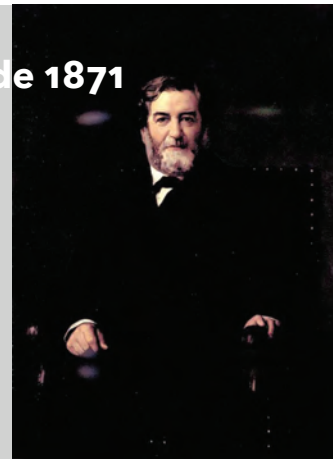
Reloj de arena

8 de octubre de 1821



Dos semanas después de la entrada triunfal del ejército Trigarante en la ciudad de México y de ser parte de la regencia del nuevo imperio, Juan O'Donoghú, último representante del gobierno español, fallece de pleuresía, siendo sepultado con honores en el altar de los reyes de la Catedral.

23 de octubre de 1871



Salustiano de Olózaga, político republicano español, transmite a Benito Juárez las palabras de Adolphe Thiers, presidente de Francia, de que le alegraría mucho la restauración de las relaciones con México.

i Revista *BiCentenario* 52, portada, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. | ii Nacho López, *Mujeres durante la votación de Adolfo López Mateos*, 1958, inv. 385889, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | iii Casimiro Castro, *Trajes mexicanos*, litografía a color en Casimiro Castro, México y sus alrededores, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library. | iv Anónimo, *El Exmo. S. Ten. Gral. Don Juan O'Donoghú*, óleo sobre tela, ca. 1830, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | v Antonio Gisbert, *Slustiano Olózaga*, óleo sobre tela, 1872. Wikimedia Commons.

Por amor a la historia

05



Deseosas de difundir la historia de Tampico, hace varios años, alrededor de 30 personas formaron el grupo llamado Guía Cocodrilo –por ser este animal muy abundante en la región–. Se convirtieron en promotores culturales y turísticos enseñando el pasado del puerto de manera viva y atractiva.

¿Sabías que...?



La ensalada César nació en 1926, en Tijuana, Baja California. Fue creada por un inmigrante italiano, Cesare Cardini, quien, para atender a un grupo numeroso de comensales, llegados por sorpresa cuando tenía pocas provisiones, inventó una ensalada con los sobrantes disponibles: lechuga en trozos pequeños para que rindiera, huevos, queso parmesano, limones y un aderezo inspirado en una receta de su madre.

30 de noviembre de 1921

Se dan a conocer los resultados del cuarto censo general de población de México, según los cuales el país cuenta con 14 334 780 habitantes.



1 de diciembre de 1971



El Congreso comienza a debatir algunas reformas a la ley electoral. Entre otras, se propone aumentar el número de habitantes de los distritos electorales, disminuir la edad para ser diputado y senador, y reducir el porcentaje de votación necesario, de 2.5 a 1.5%, para que los partidos conserven el registro y logren diputaciones plurinominales.

vi Logo Guía Cocodrilo en <www.facebook.com/GuiaCocodrilo>. | vii Restaurante Caesar's "Casa de la Legendaria Ensalada Caesar's" 1927, placa exterior, Tijuana. Fotografía de Ana Rosa Suárez, 2019. | viii Departamento de la estadística nacional, Resumen del censo general de habitantes de 30 de noviembre de 1921, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928. | ix Nacho López, Multitud ante la Cámara de Diputados, 1958, inv. 405839, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

FAUSTINO A. AQUINO SÁNCHEZ
Museo Nacional de las Intervenciones

06



Charros y Jockeys. Encuentro de dos mundos

La tradición campirana de la charrería tuvo su conquista urbana en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se instaló en la ciudad de México y tuvo su principal centro de exhibición en Canal de la Viga y el pueblo de Santa Anita. La posterior incorporación entre los sectores acaudalados de la tradición inglesa de las carreras de caballos pura sangre generó reticencias y recelos.

07

i
Casimiro Castro, *Trajes mexicanos*, litografía a color en Casimiro Castro, *México y sus alrededores*, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library.

ii
Eduardo Pingret, *Charro*, óleo sobre papel, s. XIX. Colección Banco Nacional de México, S. A.



Es un lugar común decir que las actividades ecuestres y vaqueriles mexicanas, que en conjunto conocemos como charrería, comenzaron a ser consideradas como un deporte de exhibición hasta después de la revolución mexicana, cuando las grandes haciendas ganaderas desaparecieron y la creciente urbanización obligó a que fuesen trasladadas del campo a la ciudad para ser practicadas en lo que hoy conocemos como lienzo charro.

Tal idea ignora varias fuentes que hablan de la charrería como deporte desde la primera mitad del siglo XIX. La señora Calderón de la Barca, Carl Christian Sartorius y Manuel Payno, por ejemplo, dejaron testimonios de que los herraderos, eventos en los que se marcaba el ganado con hierro candente, se convertían en una fiesta, pero también en una exhibición ecuestre, pues atraían masivamente a públicos que disfrutaban de las habilidades de los charros, quienes, al competir entre sí por lograr las mejores faenas (colear, tirar manganas y piales, jinetear toros y caballos, florear la reata), despertaban expectación y entusiasmo. Por tanto, puede decirse que ya, para entonces, la charrería se había constituido en un espectáculo ecuestre.

Campirana por naturaleza, la charrería comenzó a ser introducida de a poco en las ciudades hasta convertirse en un deporte de exhibición hacia la década de 1880. Tal evolución puede rastrearse en la prensa de la capital, donde, desde la década de 1840, las suertes charras aparecen asociadas a las corridas de toros, pues se hizo costumbre presentarlas al final de la fiesta taurina. Así lo muestra el siguiente párrafo de un cartel de promoción:

Para que la diversión sea más completa, se dará una que rara vez se ve en la capital y consiste en

Manganear Y Jinetear
Mulass Y Potros Cerreros

La referencia más antigua que hemos encontrado de la charrería como deporte data del 17 de octubre de 1869, en el siguiente artículo de *El Monitor Republicano*: “El pasado jueves una gran parte de lo que México cuenta de escogido, se dirigía desde las nueve de la mañana hacia la hacienda de la Teja. Un coleadero más íntimo que el de la semana anterior, era ofrecido por los *sportman* de esta capital a su elegancia femenina.” Cabe aclarar que el

iii

Ponciano Díaz vestido de charro, ca. 1890, inv. 430358, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



autor del artículo recurría al anglicismo *sportman*, derivado de *sport*, porque en español no existían las palabras deporte ni deportista. Según el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia, la palabra deporte es un “calco del inglés *sport*”, que significa diversión; lo cual era apropiado aplicarlo a la charrería, pues los charros llamaban “travesear” a la práctica de las suertes charras cuando las practicaban por pura diversión. Suponemos que *sportman* sonaba mejor y más *chic* a los oídos de los periodistas que “traveseador”, pues siguieron usando el anglicismo durante el resto del siglo, hasta que la palabra deporte se incluyó en el diccionario español para expresar la idea de ejercitarse por diversión.

También cabe destacar que el periódico reportaba la presentación de suertes charras porque las organizaban lo más “escogido” de la sociedad capitalina: la realización

de los coleadores estaba a cargo de personas ricas que hasta construían tribunas para los asistentes.

También existía, al parecer, cierto empeño de conservación de la tradición ecuestre. Años después, en febrero de 1872, *El Monitor Republicano* volvía a reportar un evento de charrería en estos términos: “Voy a hablaros de una fiesta [el coleadero] que más llama la atención, porque recuerda las costumbres nacionales, que por desgracia comienzan a borrarse de nuestra memoria”.

A juzgar por una noticia del mismo periódico meses después, la celebración de coleaderos en la ciudad o sus alrededores inquietó a las autoridades por su novedad —es decir, los herraderos eran tradicionales, y se habían celebrado en pueblos y haciendas en fechas determinadas por siglos, pero a los llamados coleaderos los organizaban jóvenes aristócratas en cualquier lugar y fecha—, por lo que



iv

Charro a caballo, ca. 1880, inv. 451834, Fondo Felipe Teixidor, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

decidió prohibirlos. Por su parte, la redacción de *El Monitor Republicano* decidió apoyarlos criticando el hecho de que los garitos fuesen legales, pese a que concurrían “los viciosos o los necesitados en busca del oro”, mientras se condenaba un juego “de arte y fuerza como el coleadero” al que asistían “jóvenes de nuestra buena sociedad”.

La presión de la prensa tuvo éxito, pues los coleaderos continuaron celebrándose, ya fuera asociados a las corridas de toros o de manera independiente, y en medio de un creciente entusiasmo por la conservación de lo mexicano: “La plaza estaba tan animada como el domingo, los dandis de nuestra sociedad convertidos en charros..., mucha alegría, el gozo de volver a las costumbres nacionales”.

El traje de charro seguía dominando la escena campirana en las afueras de la capital, a juzgar por una

reseña sobre el paseo del canal de la Viga publicada por *El Monitor Republicano* el 6 de mayo de 1877, la cual resultaba prácticamente idéntica a las que escribieron visitantes extranjeros sobre ese mismo paseo, y sobre el de Bucareli y la Alameda, desde la década de 1820. Describían allí el paisaje, la belleza de las mujeres paseantes en carruajes y el traje de charro: “A esto se añade el aspecto peculiar de los charros con sus ricas *chaparreras* de pelo y largas botonaduras de plata y oro, los sombreros *jaranos* de anchas alas bordadas del mismo metal y adornados de piedras preciosas [...]”.

Según observadores estadounidenses, las “clases educadas” en México se cubrían y vestían según la moda de Londres y Nueva York, pero las clases medias y bajas mostraban verdadera devoción por la indumentaria tradicional. Un mexicano pobre era capaz de dejar a su familia

10 sin comer o de renunciar al zapato y conformarse con el humilde huarache, con tal de comprar un sombrero jarano. La distinción máxima era montar a caballo, y las calles de todas las ciudades y pueblos se veían llenas de jinetes al amanecer y al anochecer. Uno de ellos podía gastar hasta 1 000 pesos en un traje charro, de 100 a 500 en una montura plateada, 25 en riendas con adornos, las enormes espuelas otro tanto, 50 por una espada y 100 por una botonadura doble de plata, a lo que había que agregar el sombrero, el látigo, un par de revólveres, entre otros elementos. “Pueden comprarse trajes de charros para niños; de seis años por \$50; y es risible ver a un chiquitín [...] ir a caballo con enormes espuelas al lado de su padre, de quien es una miniatura” (*El Monitor Republicano*, 11 de junio de 1887).

El pueblo de Santa Anita y el canal de la Viga eran el escenario de escenas folklóricas los fines de semana, en las que trajes de charro y china se entrelazaban al son del tradicional jarabe. Para la década de 1880, los empresarios teatrales decidieron –como décadas después harían los directores de cine– llevar tales estampas a los escenarios. El 19 de noviembre de 1882, *El Monitor Republicano* hacía la siguiente reseña de la presentación del jarabe en el Teatro Principal:

Preséntase una pareja moreliana legítima, el charro con su puro en la boca y su indispensable sarape, la china con su cañor de cortes amarillos y su rebozo de bolita. Suenan los primeros acordes del jarabe y el público se electriza, comienza el pespunteo, la china se sube sobre las puntas de los pies y baila los nacionales brincos con mil figuras diversas; el charro echa sus brazos atrás y comienza a entretejer sus pies, a zapatear, a torcerse, a dar de punta y talón y el público grita entusiasmado, creyendo que va a bordo de la canoa en los paseos de Santa Anita.

EL JOCKEY CLUB

Todo este bullir nacionalista enfrentó un inesperado desafío con la fundación del Jockey Club mexicano en mayo de 1881. Ya en 1824 Sartorius había temido el día en que el estilo de monta europeo sustituyese al pintoresco traje de charro en los paseos de la ciudad de México, y la redacción de *El Monitor Republicano* no dudó en tomar partido

v

Carl Nebel, *Rancheros*, litografía a color en *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la república mexicana*, París, Imprenta de P. Renouard, 1840.

por lo nacional y advertir del peligro. En su artículo del 24 de julio de 1881, expresó gran nostalgia por la antigua fiesta de Santiago, en la que, en medio del ambiente festivo, charros y chinas lucían con orgullo la abigarrada riqueza de sus trajes, para terminar sonando la alarma con exagerado tono apocalíptico: “Todo eso se veía en la fiesta de Santiago; hoy fiesta, y charros y chinas van desapareciendo, van acabando, el cuadro nacional se borra a impulso de nuestros tiempos. Dentro de poco y en cambio tendremos Jockey Club, *catrines* cabalgando sobre ligero albardón, y renegando del jarano para pasarse al *sorbete* con todo y bagajes.”

El Jockey Club fue fundado por un grupo de aristócratas mexicanos, pero con fondos de la Secretaría de Fomento, lo que produjo la animadversión de la opinión pública, sin hablar del rechazo instintivo hacia una tradición ecuestre extraña. No ayudó el hecho de que la nueva institución tuviera por objetivo la introducción en México de la raza caballar *thoroughbred* (pura sangre inglés), y por ello importase las estrictas normas inglesas de reglamentación de las carreras de caballos, lo que implicaba excluir de sus competencias a los criadores mexicanos y sus productos.

La extrañeza que produjo la llegada de la hípica inglesa entre los charros se aprecia en un artículo sobre la inauguración del hipódromo de Tlaxcala: “Entre los concurrentes se notaban algunos ricos hacendados de los alrededores, y no pocos de esos gallardos rancheros del sombrero galoneado y la plateada calzonera, que iban a juzgar sobre la diferencia que hay entre el *sport* del hipódromo y ese otro que llamaremos también *sport* del coleadero, herradero, etc.”



No sabemos qué relaciones y negociaciones se habrán dado entre charros y *jockeys* (el *jockey* era el dueño de los costosos pura sangre, quien también se encargaba de montarlos en las carreras), pero el caso es que al poco tiempo de inaugurado el Jockey Club, si bien en efecto excluyó de las carreras a los caballos mexicanos, aceptó que el espectáculo incorporara al final de la función, igual que en el caso de las corridas de toros, un “coleadero y manganeadero”. En adelante, la sección deportiva –llamémosla así– de los periódicos se iba a componer con los carteles de las corridas y de las carreras, con sus respectivos coleaderos. Estos eran los únicos deportes que tenían promoción en la prensa; una nota sobre béisbol no la hemos encontrado sino hasta mayo de 1895.

Tres años pasaron de asociación entre charrería y Jockey Club, hasta que en 1884 comenzó a hablarse de su

separación, tal vez por el interés de los *jockeys* por limpiar el *turf* (el ambiente formado por las carreras y las apuestas) de la presencia folklórica, pues no faltaron ocasiones en las que la rusticidad del campo mexicano alteró el refinado ambiente del hipódromo de Peralvillo (sede del Jockey Club): “Hubo carreras y coleadero, apuestas y charros y *jockeys*, y por último, una fuga de toros que puso a los concurrentes en un brete”. Así, el 28 de octubre de 1884, *El Monitor Republicano* celebró que, a su parecer, la hípica inglesa no podía superar a la afición por el coleadero y se había decidido a expulsarlo del hipódromo construyendo una plaza aparte para la práctica del *sport* mexicano: “Las carreras de caballos parece que no se aclimatan en este país, nada más natural que pensar en otro *sport*. Las colas, las manganas, los piales [...] olvidemos por un momento el *turf* y aficémonos a los *arciones*”.

No fue necesario que el Jockey Club financiara un lugar para el coleadero. En enero de 1885 se anunció la creación del Club de Coleadores, que tendría su propia sede, nada menos que a la vera del canal de la Viga, ya por entonces considerado el “refugio de las costumbres del país”. Ahí se construyó un estadio o plaza para más de 1 000 espectadores, el cual fue inaugurado por el presidente Porfirio Díaz, y ante la más distinguida concurrencia.

En los meses siguientes, el diario estuvo reportando el éxito que día con día cobraba el Club de Coleadores, sin abstenerse de compararlo con una supuesta decadencia del Jockey Club: “Así han terminado las carreras de caballos [con poca asistencia] el domingo el Jockey Club quiso hacer al *turf* sus debidas exequias, las carreras han muerto”. Los coleadores podían carecer de un elegante casino, pero contaban con el gusto del público, que decididamente “prefiere con mucho el *sport* de la cola al *sport* de Peralvillo”. La concurrencia al coleadero era tan numerosa que se tenía pensado ampliar las tribunas. Los charros eran tan aplaudidos “que se propusieron reformar y continuar un espectáculo que renace bajo tan buenos auspicios”. Comenzaron por cambiarle el nombre de coleadero por el de jaripeo, espectáculo que incluía coleadero, manganas, piales y monta de toros y broncos, es decir, la estructura básica de lo que hoy conocemos como charreada.

Sin embargo, el Jockey Club no murió y la contaminación extranjera en la equitación nacional no pudo detenerse. Para marzo de 1886 el diario hacía notar que el temido momento de ver caballeros montando en albardón en los paseos de la capital había llegado al fin, pues cada vez era más común ver carruajes y tiros al estilo inglés, así como jinetes vistiéndolo y montando a la europea. En 1896 se celebró el primer concurso hípico mexicano al estilo de los que se hacían en Europa y Estados Unidos, en los que se juzgaban los mejores carruajes y ejemplares equinos de razas extranjeras. Además, el coleadero o jaripeo siguió presentándose en el hipódromo de Peralvillo. Al parecer se llegó a la conclusión que la equitación mexicana y la inglesa eran tan diferentes que resultaba absurdo compararlas, y sobre todo contraponerlas como enemigas o rivales. El rechazo inicial tan sólo había sido una reacción xenófoba, reflejo defensivo del que el pueblo mexicano ya

había dado varias muestras desde la apertura al extranjero con la independencia, sin mencionar lo chocante que resultó que fuesen aristócratas quienes parecían atentar contra la pureza ecuestre nacional.

Otras conclusiones interesantes saltan a la vista. En primer lugar, es de notar que la palabra charrería no se usaba en el siglo XIX para referirse a la equitación mexicana, seguramente surgió en el siglo XX para distinguirla de la europea. Otro término que tampoco existía era el de charreada, este también debe datar de principios del XX para referirse a una competencia que primero se llamó coleadero y después jaripeo. Siguiendo con el tema lingüístico, es de destacar que la conceptualización de la charrería como un deporte es bastante más antigua de lo que creíamos y, además, se trata de la primera competición cien por ciento mexicana que recibió el calificativo de *sport*.

Desde inicios del decimonónico, los hacendados y las clases medias adoptaron la indumentaria y arreos de los jinetes.



Si a fines del siglo XVIII el escritor costumbrista José Agustín de Castro se burló de la rusticidad e ignorancia de los charros –en ese siglo eran jinetes semisalvajes, incapaces de entender muchos aspectos de la vida urbana–, a fines del siglo XIX quienes presumían el título de charro eran los aristócratas, del tipo de Carlos Rincón Gallardo, marqués de Guadalupe. Al parecer, esto se debió a que, desde inicios del decimonónico, los hacendados y las clases medias adoptaron la indumentaria y arreos de aquellos jinetes y, al comenzar a llevar las suertes charras a la ciudad en forma de espectáculo asociado a las corridas de toros, o de manera independiente, fueron los ricos y aristócratas quienes asumieron el papel de empresarios de dichos eventos y los convirtieron en una diversión (es decir, un *sport*) de la elite.

La organización de la charrería posterior a la revolución mexicana, con la fundación de la Asociación Nacional de Charros (1921) y la construcción de multitud de lienzos charros por todo el país, no fue producto de la generación espontánea; es evidente que para entonces ya se contaba con toda una experiencia en materia de organización del deporte nacional.



vi

Mayo & Weed, *Hombre con chaleco y chaqueta bordados*, ca. 1898. The New York Public Library, The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs.

PARA SABER MÁS

América, tierra de jinetes. *Del charro al gaucho, siglos XIX-XXI*, México, Citibanamex, 2018.

RINCÓN GALLARDO, CARLOS, *El libro del charro mexicano*, México, Porrúa, 1983.

Visitar el Museo de la Charrería, Isabel La Católica 108, Centro, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México.

MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ
Instituto Mora

14

Las fiestas del Rey Momo en la Mérida porfiriana



En pleno auge de la exportación de la fibra del henequén, la capital yucateca se vestía de gala a fines del siglo XIX para festejar el carnaval y dar muestra de una sociedad opulenta. Entre bailes, disfraces y alegría, se trataba de integrar a toda la sociedad, a pesar de la fragmentación, producto de desigualdades sociales, económicas y raciales.

i

Carro de Medialuna durante el carnaval, en *El Mundo Ilustrado*, ciudad de México, 8 de marzo de 1896.

ii

Baile de mestizos durante el carnaval, en *El Figaro*, La Habana, Cuba, 25 de febrero de 1906.

15



Durante el régimen porfirista, el carnaval fue una de las manifestaciones festivas por excelencia en Yucatán, particularmente en Mérida. Durante este periodo, la figura central siempre fue el Rey Momo, personaje de la mitología griega que representa el sarcasmo, la ironía y la burla. Su fama fue tal, que la prensa nacional y local de la época comparó y equiparó estas festividades con las carnestolendas de la ciudad de México, París, Niza y Nueva Orleans, por lo que su celebración atrajo visitantes extranjeros y de otras entidades de la república.

El carnaval se trata de un periodo de regodeo y alborozo que, históricamente, se ha vinculado con la cuaresma católica, los días previos al miércoles de ceniza, cuando se renuncia a lo “carnal” para dar paso al ayuno, a la expiación y la continencia. Consiste en “comer bien antes de ayunar; entregarse a los placeres antes de cargar la cruz y hacer penitencia”.

En Yucatán, las fiestas del carnaval tradicionalmente se realizaban en los meses de febrero o marzo, dependiendo del año. Sin embargo, en dos ocasiones –1878 y 1905–, en lugar del regocijo acostumbrado ocasionó el disgusto de la población, en virtud de que uno de los días de las fiestas coincidía con el aniversario luctuoso del ge-

neral Manuel Cepeda Peraza, quien había establecido la república en Yucatán y fue gobernador y comandante militar de la entidad. Por este motivo, las autoridades excluyeron las diversiones y paseos de costumbre, y en las otras jornadas de carnestolendas únicamente se consentirían actividades que no atentaran la moral y el orden público; de lo contrario, el decreto gubernamental establecía “disposiciones eficaces” y penas que se impondrían a los infractores de ese mandato. En las dos ocasiones mencionadas, la prohibición de la populosa y animada fiesta despertó severas críticas. Como señaló un periódico local, aquel duelo para muchos no tenía razón de ser y se tildó de arbitraria la medida oficial.

Pese a lo anterior, como apuntó *La Ley del Amor*, las carnestolendas de esos años se destacaron por su bullucio: “las familias, el pueblo todo, se divierte a más no poder, pero con sencillez, sin ultrajar los fueros de la moral; y a medida que las nuevas ideas de reforma y de progreso van avanzando, va desapareciendo la parte grotesca de aquella diversión clásica del paganismo”.

Previo a los carnavales meridianos, y en aras de evitar eventuales desórdenes y desgracias, la Jefatura Política de Mérida publicaba un bando relativo a las preven-



iii
Solemne y pacífica entrada del ejército de las Tres Garantías en la capital de México, el día 27 de septiembre del memorable año de 1821, óleo sobre tela, ca. 1822, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura- INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

iv
Estudiantina Juvenil, en Pimienta y Mostaza, Mérida, Yucatán, abril de 1903.

ciones que debían observarse durante los días de carnestolendas. En el mandato, se informaba a la población de la prohibición de todos aquellos disfraces que agraviaran a la moral pública o tendieran a injuriar o ridiculizar a alguna persona; se vedaba arrojar huevos, cascarones, aguas o cualquier otro objeto que pudiera molestar u ofender a los individuos o carruajes, bajo la pena de cinco a diez pesos de multa, que sería aplicada por la comisión de policía del Honorable Ayuntamiento o por el jefe político de Mérida. De igual manera, y con el fin de impedir desdichas derivadas de la aglomeración de transeúntes y carros, se establecía el trayecto que estos recorrerían. En este mismo sentido, se avisaba a los “paseadores de caballo y de carruajes” la obligación de matricularse con la debida anticipación al paseo, para lo cual debían recoger su “competente” número de orden, haciéndolo patente a la policía para evitar sufrir “el bochorno” de ser llevados a la estación respectiva y tener que cumplir en ella las sanciones que establecía el arancel de arbitrio vigente.

Publicadas las medidas para que imperara el orden y la tranquilidad públicas, los carnavales meridianos, como anunciaba la prensa, no sólo constituían el “indicio de segura prosperidad”, sino que eran “una terrible locura que



invadía todos los círculos sociales de una manera agradable” y, según dio cuenta el corresponsal del periódico *La Patria*, las mujeres “de esta tierra de fuego” se exhibían vestidas de distintos modos: “La distinguida señorita que en los salones se viste de seda, gasas, y encajes de Bruselas, ostentaba un hermoso traje de mestiza, hipil ricamente bordado con escote decente y una falda corta: todo de tela fina y blanquísima, adivinándose tras de tan ligero traje escultóricas y delicadas formas; mientras que, por otra parte, la vendedora de frutas, ciñe el traje de salón con el donaire de una dama del gran mundo.”

BAILES, ESTUDIANTINAS Y COMPARSAS

Al inicio de cada año, fuera de los espectáculos teatrales, las diversiones públicas de la sociedad meridana comenzaban a ser los bailes; al principio solemnes y discretos, poco concurridos, pero avanzada la época del carnaval, se hacían bulliciosos, alegres y animadísimos: “La vida en Mérida, desde febrero hasta el miércoles de ceniza, era un danzar infinito.”

Como parte de los preparativos de las fiestas del Rey Momo, en las casas particulares se organizaban las llamadas *escoletas* o bailes de ensayo, donde la juventud meridana practicaba danzas caídas en desuso. Ejemplo de ello eran la varsoviana, de origen polaco y variante de la mazurca, que se bailaba en Francia, en las Tullerías, a mediados del siglo XIX, la saratoga, baile figurado, el *pas à quatre* (paso de cuatro) y, desde la década de 1870, el baile gitano, la danza árabe, la rumba cubana y diversiones como el chinesco, las bambas y la guaracha, incluidos por diferentes grupos de inmigrantes extranjeros que contribuyeron “a aumentar la alegría” de los carnavales.

A esa misma tarea se daban las estudiantinas, formadas por jóvenes de las principales familias de la ciudad que ensayaban una gran variedad de canciones acompañadas de sus guitarras y/o mandolinas. En 1880, por ejemplo, destacó la organizada y dirigida por el profesor Primo Encalada, que portaba trajes costosos, totalmente negros, de pana y otras telas, como un adorno de encajes muy blancos y “caprichosamente” rizados alrededor del cuello, un lazo de cintas en un brazo, unos con el bicolor del pabellón español, y otros con el tricolor del pabellón nacional mexicano y sombreros en forma de empanada

adornados con vistosos ramos. De hecho, algunas personas aseguraban que se trataba del traje que portaron en París los estudiantes de la Universidad de Salamanca, España, que asistieron a la exposición de 1878 y habían hecho furor en los teatros en donde cantaron.

Las comparsas carnavalescas que invadían las calles con su música y bailes también fueron típicas de los festejos. En Mérida, se caracterizaron por “su envidiable armonía y orden increíble, visitando casas, donde eran obsequiados con la franqueza y generosidad de los yucatecos”. Se distinguían por revivir los bailes y cantos populares de origen maya, como los *xtoles*, las *jicaritas*, los *palitos*, de negritos, las cintas, entre otros, ataviados “con vestidos de plumas y conchas del mar prendidas en ellos y otras muchas comparsas, recorrían las calles con sus respectivas orquestas perfectamente completas y organizadas”.

Durante los días del carnaval, la capital yucateca abandonaba todas sus actividades comerciales para consagrarse de lleno al regodeo y la diversión, lo cual significaba para los sectores más pudientes de la población el dispendio de miles de pesos. En las carnestolendas, como señaló el periódico *La Patria*, “el joven, como el viejo; el pobre, como el rico, todos al par se divierten, cada cual a su modo y en su esfera; las privaciones y economías de todo un año, van a vaciar con el poder del oro, los cajones y aparadores del comercio, en que las telas finas y de fantasía apenas son suficientes para la descomunal demanda que en esta época alcanza”.

LAS SOCIEDADES COREOGRÁFICAS

La prensa de la época fue insistente en que las fiestas del carnaval en Mérida eran ocasión para la mezcla de los distintos estratos sociales, incluyendo la población indígena. En sus páginas se recalca que la sociedad yucateca era una sola familia, en días donde “la gente honrada se unía y formaba sus sociedades, organizaba sus diversiones y a ellas iban las familias seguras de encontrar distracciones sumamente ordenadas y positivamente dignas de cualquier país y de cualquier sociedad moralizada y culta”. No obstante, las notas y crónicas ponían particular atención en dos grandes sociedades coreográficas: El Liceo de Mérida y La Unión, que competían entre sí para procurar los bailes más espléndidos, los mejores paseos y



v
Pedro Guerra, *Reina de carnaval con estandarte*, Mérida, ca. 1900. Fondo Pedro Guerra, Fototeca Pedro Guerra, Universidad Autónoma de Yucatán.

presentar al grupo más destacado de señoritas con trajes lujosos. Como informó *La Patria*, ambas eran las encargadas de los bandos carnavalescos y bailes respectivos, preparando para el efecto sus amplios salones, “sin omitir gasto alguno, hasta llegar al derroche por competir en lujo, decencia y elegancia”.

El Liceo de Mérida, constituido en 1870, era de orientación conservadora y estaba formado por el sector de la sociedad que se distinguía por su riqueza: hacendados, banqueros y propietarios de empresas. La Unión, por su parte, fundada en 1857, se componía mayoritariamente por abogados, médicos, escritores, ingenieros, estudiantes, pequeños comerciantes y funcionarios de pensamiento liberal. Al respecto, el escritor Ermilo Abreu Gómez estableció que las diferencias entre las sociedades eran que,



vi
Viñeta del Carnaval, en *El Mundo Ilustrado*, ciudad de México, 23 de febrero de 1896.

“en la primera figuraban los aristócratas y en la segunda los burgueses. Esto es lo que creían los socios. Pero no había tal: en la primera figuraban los comerciantes que vendían al por mayor y en la segunda los comerciantes que vendían al por menor. Todo era cuestión de dinero.”

Las sociedades mencionadas eran las más representativas de la Mérida porfiriana y alrededor de ambas giraba la organización de las fiestas, aunque existían otras que también ofrecían bailes a sus miembros, “pudiéndose decir que representaban toda la escala social, en todos sus matices”. Entre estas merece la pena destacar Paz y Unión, y Recreativa Popular, fundadas en 1887 y 1891, respectivamente, y que estaban formadas por “meztizos”, trabajadores manuales, artesanos en su mayor parte, llamados así en Mérida por vestir el traje típico y sin especificar una

clasificación racial; se trataba de “una diferenciación en el traje, que sirve para fijar el aspecto demográfico de la población y tiene un sentido más bien de categoría social”.

Estas sociedades, a diferencia de El Liceo y La Unión, carecían de inmuebles propios, pero, para efectos del carnaval, arrendaban las mejores viviendas de la ciudad y las engalanaban lujosamente, convirtiéndolas en espaciosos salones de baile. Al respecto, el periódico *El Mundo* publicó que se trataba de un carnaval aparte, pues “por un sentimiento de dignidad que los enaltece nunca invitan a tomar parte directa en sus reuniones a quienes no visten el traje de ellos”.

Así, si bien las fiestas del Rey Momo estaban destinadas para el regocijo de toda la población, la segmentación de la sociedad hizo que las notas y crónicas plasmadas en la prensa priorizaran a las organizadas por los grupos económica y socialmente más aventajados. No obstante, también las de los meztizos ocuparon algunas páginas, sobre todo aquellas autografiadas por autores foráneos, visitantes a los que les llamaron vivamente la atención las costumbres locales. De los bailes de El Liceo, por ejemplo, destacaban que, para dar mayor resplandor a sus fiestas, hicieron traer de París “lámparas de cristal de Bacará para luz eléctrica, que, dispuestas convenientemente, hacían el complemento en la elegancia del decorado de los salones que ofrecían un aspecto de galanura y belleza deslumbradoras”. Se enfatizaba lo espléndido de los trajes de fantasía de las señoritas y la rigurosa etiqueta de los señores: fracs, guantes blancos y paños de colores, con pantalones a la época de Luis XV; las jóvenes portaban “vestidos y adornos de gran costo y extraordinariamente bellos por la variedad de caprichos que supieron ejecutar, así en las formas del vestido, de los peinados y de sus composuras, como que realzaba esa belleza proverbial de nuestras compatriotas”.

De La Unión, la prensa hacía hincapié de que se trataba de una sociedad “altamente democrática”; que sus salones eran “un verdadero edén, con la elegancia de la sencillez de su decorado, obra del buen gusto y arte”, y que en su recinto aceptaban a gente que tenía por norma la honradez y la buena educación, principios que garantizaban “la más franca y fraternal animación apadrinada por el respeto”. De sus asistentes, las publicaciones referían el “mar de bellezas, un acumulamiento de señoritas, que dejaba perplejo al espectador, apenas podía darse un paso sin quedar deslumbrado, extasiado en la contemplación, ya de unos ojos, ya de una boquilla, ya de un todo de mu-



Las fiestas del carnaval en Mérida eran ocasión para la mezcla de los distintos estratos sociales, incluyendo la población indígena.



jer, de un conjunto seductor”, y en relación al vestuario, se enfatizaba la variedad de telas: “costosas unas, modestas y sencillas las más”, y se hacía hincapié en los vestidos, adornados todos “con ese gusto que solo sabe tener la mujer para hacerse admirar, para hacerse querer”.

En relación con Paz y Unión, la de los “mestizos”, la prensa refería el lujo y decencia de sus salones, con “vistosos adornos colocados en las paredes, pilares y arcos de la espaciosa galería en que se verificaba el baile”, así como las buenas maneras de los concurrentes, que eran “el testigo mejor de la civilización de la clase obrera, del pueblo verdadero de Yucatán, en cuyo *bando*, las simpáticas mestizas, con sus vistosos ternos hipiles, eran la admiración de los viajeros, por su aseo y limpieza en el vestido, con alhajas y joyas que se podían evaluar en 150 pesos”; y los asistentes “vestidos con ese traje peculiar del país, blanco como el ampo de la nieve y vistosos adornos”. Se insistía que la clase obrera que la formaba era el testimonio más expresivo de los adelantos y cultura a que la gente del pueblo había llegado a través de muchas vicisitudes: “Pueblo trabajador e incansable, morigerado en sus costumbres, desprovisto del instinto de criminalidad que hace temible a esta clase de gente, de un aseo exquisito en el vestir, de educación hasta cierto punto avanzada, todas esas cualidades hacen del hijo del pueblo, un ciudadano útil que honra a su suelo y a su patria: así es el pueblo yucateco.”

En cuanto a los bailes de Recreativa Popular, en 1890, como señala Manuel Larrañaga y Portugal, un periodista de la capital del país: “El local de la ‘Recreativa’ es amplio y hermoso. Se puede decir que es elegante: espa-

ciosos salones con piso de mosaico, sillería austriaca y en los muros ricas lunas francesas; y los salones y corredores llenos de parejas de traje pintoresco.” Continuaba su nota apuntando: “Las parejas en número de cien, trescientas o más, bailan con rara corrección y es de notarse que allí no hay un mestizo que se embriague, no hay una boca que deje escapar una palabra mal sonante, una mirada o un gesto que puedan ofender el pudor de una virgen mestiza.” Cerraba diciendo que la alegría era “desbordante, pero siempre encerrada en los límites de la más notable corrección. Se diría que se asiste a una fiesta de aristócratas”.

Que los corresponsales de los periódicos de la capital del país procuraran un espacio en sus crónicas y reseñas a las sociedades de mestizos, junto a la de los “aristócratas” de La Unión y El Liceo, pudo responder a varios motivos: el gusto por revelar a su público lector lo “autóctono” y “exótico” del lejano Yucatán; evidenciar que el régimen porfirista había logrado “regenerar” y elevar las condiciones de vida y cultura de los artesanos y demás miembros de las clases populares del estado y, tal vez, hacer una crítica muy velada a los afanes de aristocratización de sociedades que, como las mencionadas, se esforzaban por mostrarse refinadas y opulentas.

En suma, las fiestas del Rey Momo en la Mérida porfirista fueron muy sonadas y atractivas para propios y extranjeros, ostentaron públicamente la riqueza generada por la exportación de la fibra de henequén a los mercados internacionales, “el oro verde”, pero también fueron un espejo de la fragmentada sociedad yucateca, producto de las desigualdades sociales, económicas y raciales.

vii

Viñeta de Arlequín, en *Pimienta y Mostaza*, Mérida, Yucatán, marzo de 1903.

viii

Batalla de Flores. Carro "Abanico". 1er. Premio otorgado por El Mundo (familia Navarrete), en El Mundo Ilustrado, ciudad de México, 21 de marzo de 1897.

21



PARA SABER MÁS

CARO BAROJA, JULIO, *El carnaval*, Madrid, Alianza, 2006.

IRIGOYEN, RENÁN, *Antiguos carnavales de Mérida*, Mérida, Yucatán, Talleres Gráficos/Zamná, 1961, en <<https://cutt.ly/WmNHr01>>.

MARTÍN BRICEÑO, ENRIQUE, *Allí canta el ave. Ensayos sobre música yucateca*, Mérida, Yucatán, Gobierno del Estado de Yucatán/Secretaría de la Cultura y las Artes/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2014, pp. 84-107.

ROSADO VEGA, LUIS, *Lo que ya pasó y aún vive. Entraña yucateca*, México, Editorial Cvltvra, 1947, en <<https://cutt.ly/MmNH6p>>.

IGNACIO EMERIO ANAYA MINJAREZ

Universidad Iberoamericana

22



El exilio de un villista en Estados Unidos

El mayor de caballería Antonio Ochoa Insunza optó por el exilio en Arizona a los 23 años, luego de la derrota de las fuerzas villistas en Agua Prieta (1915). Allí trabajó como obrero minero y supo de la discriminación, la vigilancia y los peligros de la persecución por ser un militar enfrentado al carrancismo.

i

Antonio Ochoa (centro) en Culiacán, Sinaloa, 1914. Archivo particular de la familia Ochoa.



ii

Tarjeta de perfil de Antonio Ochoa, Guaymas, Sonora, 1920-1940. Archivo particular de la familia Ochoa.

23

En México, la segunda década del siglo xx estuvo marcada por una lucha política y social en todo el territorio: la revolución mexicana.

Como en cualquier contienda, hubo ganadores y perdedores durante las distintas fases del conflicto. Estos últimos los podemos dividir en distintas facciones, como porfiristas, maderistas, huertistas, villistas, etc. Una característica que compartieron dichos grupos, con sus respectivas variaciones, fue el exilio hacia distintos países, siendo uno de ellos Estados Unidos. Desde los inicios de la revolución, a la medida que un bando era derrotado o se debilitaba, sus miembros emprendían la huida. Algunos con el objetivo de armar una contrarrevolución; otros, con la idea de regresar en lo que se calmaba la contienda. Los grupos contaban con sus propias particularidades entre sus miembros; por ejemplo, dentro del villismo estaban los maytorenistas, seguidores del gobernador de Sonora y exiliado, José María Maytorena.

Centrándonos en el bando villista, cuyo destierro se llevó a cabo de 1915 a 1916, su proceso estuvo marcado por elementos que muestran la complejidad del exilio en general: el espionaje mexicano y estadounidense, la vigilancia por la nación receptora, los intentos de varios de sus miembros por armar un movimiento contrarrevolucionario, el uso de propaganda en la prensa y las consecuencias derivadas de las acciones de Francisco Villa en el territorio estadounidense. Sin embargo, la heterogeneidad dentro de sus miembros mostraba que el exilio no fue el mismo para todos. Este es el caso de uno de ellos.

“Se dice que unos cien desertores villistas han cruzado al lado americano en Naco, y que les están siguiendo más todas las noches... Las deserciones de villistas continúan a razón de unos cien diariamente.” Con esas palabras, el periódico *El Paso Morning Times* daba la noticia de las deserciones de soldados villistas a territorio estadounidense, el 12 de noviembre. Los números pueden generar sospecha, pero anunciaban en su tiempo el proceso de huida de combatientes del bando seguidor de Francisco Villa hacia el otro lado de la frontera. Pocos de aquellos

que decidieron irse a Estados Unidos dejaron registro sobre su estancia. No obstante, entender cómo fue su vida ayuda a dar una visión sobre el destierro revolucionario.

Esta es la historia de un villista que se vio obligado a cruzar la frontera. Difícilmente, podría establecerse que su experiencia pueda servir para entender cómo fue huir hacia Estados Unidos, en términos generales, pero permite realizar una aproximación a partir de su ejemplo.

Antonio Ochoa Insunza no fue un personaje de tan alto grado militar dentro del ejército villista, a diferencia de otras figuras, como Felipe Ángeles, que llegó a ser general. Su grado más alto en esta corporación lo consiguió a la edad de 23 años: mayor de caballería. Sin embargo, ambos compartieron una experiencia junto con otros combatientes: el destierro o exilio a Estados Unidos. Tras las derrotas de Francisco Villa en 1915, el villismo entró en una fase de declive de la cual nunca se recuperó. Eso ocasionó que seguidores del Centauro del Norte terminaran desertando del ejército. Unos se cambiaron al bando constitucionalista; otros, abandonaron el país. De los que salieron, varios, como Ochoa, cruzaron la frontera para radicar en Estados Unidos durante un tiempo determinado.

¿QUIÉN FUE ANTONIO OCHOA?

Antonio Ochoa Insunza nació el 20 de julio de 1892 en el poblado de Ahome, Sinaloa. En 1901 quedó huérfano de su padre, lo cual lo obligó a encargarse de mantener al resto de su familia. Desde pequeño tuvo presente en su vida el ámbito militar debido a sus abuelos, ambos coroneles juaristas y liberales ya retirados.

Al estallar la revolución, Ochoa fue de los sonorenses que a los 18 años apoyó el movimiento maderista en el estado. Después del asesinato del presidente Madero, se unió a los constitucionalistas junto con su tío, el coronel José María Ochoa. Ahí formaron la columna Ochoa, bajo

iii

Antonio Ochoa (tercer hombre de izquierda a derecha) en las minas de Gleeson, Arizona, 1918. Archivo particular de la familia Ochoa.



24

las órdenes del general Benjamín Hill y en la que Antonio consiguió el grado de teniente. Participó en varias batallas, siendo una de las más famosas el sitio de Guaymas, Sonora, en 1913. Poco tiempo después se trasladó a Chihuahua junto con su tío y algunos de sus hombres debido a diferencias que tenían con Álvaro Obregón. Al llegar al estado se unieron al villismo e ingresaron a la brigada Benito Juárez. Antonio se mantuvo en la División del Norte, donde alcanzó el rango de mayor de caballería, a los 23 años. En ambos bandos luchó en un total de trece batallas y escaramuzas, siendo Agua Prieta en 1915, la última.

EL DESTIERRO

Tras la derrota de las fuerzas villistas en la batalla de Agua Prieta, a principios de noviembre de 1915, muchos de sus seguidores optaron por el exilio al otro lado de la frontera. Dicho proceso ya había comenzado desde el verano del mismo año. Antonio Ochoa combatió en la mencionada contienda, pero ante el fracaso de tomar la plaza se decidió por el destierro en Estados Unidos, poco tiempo después de la batalla.

Cruzar la línea divisoria no generaba mayores dificultades por entonces. Una guardia montada estadounidense se encargaba del patrullaje, aunque lo hacía de ma-

nera irregular –la patrulla fronteriza fue creada en 1924. Sin embargo, ante el reconocimiento de Woodrow Wilson a Venustiano Carranza, la frontera se volvió más hostil a los villistas, elemento que empeoró posteriormente con el ataque de Francisco Villa al poblado de Columbus, Nuevo México. Cabe mencionar que en 1917 se implantaron mayores restricciones para el cruce fronterizo, como el uso del pasaporte y presentar un examen donde se demostrara que quien cruzaba sabía leer y escribir.

El acceso a Estados Unidos se llevó a cabo de distintas formas. Algunos pocos con conexiones en el gobierno de ese país podían entrar con un permiso para exiliarse, mientras que otros, como Antonio Ochoa, entraron sin dicho documento, exponiéndose de esa manera a la persecución por las autoridades tanto estadounidenses como mexicanas. En ambos casos, cruzaban solos o en grupos. Los destinos de llegada variaban según distintos factores, siendo uno de ellos el punto desde donde salían de México. En el caso de Ochoa, cruzó desde Sonora a la vecina Arizona.

Una de las primeras cosas que hizo Ochoa en Estados Unidos fue buscarse trabajo. Ya fuera por su condición socioeconómica, o por mantenerse bajo la sospecha de las autoridades, terminó laborando en las minas de Gleeson, Arizona. En ese entonces, la minería era una industria importante debido a la exportación de materia prima ante la demanda de la primera guerra mundial.

iv

Antonio Ochoa posando en el techo de una casa, localización desconocida, 1913. Archivo particular de la familia Ochoa.



25

Allí se encontró con otros mexicanos y convivió con obreros locales.

Cruzar la frontera conllevaba a la transformación de uno mismo. Antonio Ochoa ya no era ya el soldado de la revolución; su carrera militar y sus rangos quedaron suspendidos durante los cinco años que estuvo en Estados Unidos. Pasó del uniforme militar y el peinado y bigote bien arreglados, a la barba larga y atuendo de obrero minero. No fue el único entre los villistas. Felipe Ángeles, por ejemplo, fue mesero en un restaurante de Nueva York.

El cruce al otro lado implicaba el sometimiento a las reglas de la nación estadounidense. La frontera era un espacio de segregación del mexicano, desde la anexión de gran parte del territorio por Estados Unidos. A pesar de la presencia allí de una población mayoritariamente mexicana, la lógica de discriminación aplicó contra ella, considerada inferior, como parte de distintos mecanismos de poder empleados por los “anglos”. Los desterrados, en su mayoría, sufrieron las consecuencias. Es por eso que las opciones y oportunidades laborales se vieron reducidas, sobre todo para los militares, cuyas especialidades no se podían aplicar para buscar trabajo, a diferencia de otros grupos de desterrados, como los periodistas.

No era una vida fácil. Los villistas se convirtieron en enemigos del gobierno estadounidense a partir de 1915. Aquellos que lograban cruzar la frontera mantenía un perfil bajo. Más allá de la discriminación, la colaboración

entre distintas instancias de los carrancistas con las autoridades del país generó un ambiente de persecución. Los cónsules mexicanos en poblaciones como Phoenix y Tucson sirvieron de vigilantes y espías para el gobierno de Carranza, checando los movimientos de los desterrados. Era un sistema que se heredó del porfiriato.

Las incursiones de Francisco Villa en territorio estadounidense, marcadas principalmente por el ataque en Columbus, Nuevo México, el 9 de marzo de 1916, agravaron la situación. El periódico *The Winslow Mail* dio a conocer el paradero de algunos villistas implicados en dicho acontecimiento, el 28 de abril de 1916: “Siete villistas capturados después de la redada mexicana en Columbus hace varias semanas, han sido juzgados y acusados del delito de homicidio en la corte de Deming, y sentenciados a la horca. Es una lástima que Villa no fuera capturado y juzgado al mismo tiempo.” El rechazo al villismo, generado a partir de tales sucesos, aumentaba las razones para que los desterrados se cuidaran más y tomaran mayores precauciones.

La experiencia de Antonio Ochoa, por su parte, mostraba que la situación del destierro lo obligaba a moverse ante un ambiente de persecución y hostilidad. Las fotografías de su estancia en Estados Unidos lo muestran en distintos poblados de Arizona: Gleeson, Bisbee y Tucson. De la misma manera, en tales fotos aparece con apariencias distintas; en algunas con traje de minero y barba larga, mientras que en otras con saco, pantalón y peinado.



v Antonio Ochoa en Tucson, Arizona, 1918. Archivo particular de la familia Ochoa.

A diferencia de otros grupos de villistas en el destierro, especialmente aquellos que radicaron en Texas, Nuevo México o California, donde el villismo tuvo otra importancia, Antonio Ochoa no se involucró en movimientos revolucionarios. En ciudades como El Paso y Los Ángeles tuvo una fuerte presencia el Partido Legalista, organización política de corte villista creada en 1916 para derrocar a Venustiano Carranza, y que en algunas ocasiones envió expediciones armadas hacia México. Otros sectores, más diplomáticos, llevaron a cabo negociaciones con el Partido Republicano. Las experiencias de varios desterrados y exiliados de la revolución mexicana mostraban que tales actos estaban lejos de ser considerados como el fin de una facción, sino la apertura a un nuevo espacio de acción revolucionaria.

RETORNO DEL EXILIO

Antonio Ochoa radicó en Estados Unidos durante casi cinco años. Regresó en 1920, un año que representa el retorno de varios desterrados por diversos factores. El primero fue la adhesión al Plan de Agua Prieta, proclamado por los sonorenses el 23 de abril de 1920, y al que se sumó. De hecho, resulta interesante que entre las 107 firmas de dicho documento se encuentre la de su tío José María. El segundo factor se puede dividir en dos partes, altamente ligadas una con la otra: por un lado, la rendición de Francisco Villa de manera oficial, el 28 de julio del mismo año, y, por el otro, la política conciliadora que llevó el presidente interino Adolfo de la Huerta. Ahora bien, aunque tal fecha haya representado una oportunidad de retorno al país, algunos villistas permanecieron más tiempo en Estados Unidos por distintas razones, hasta la década de 1940, inclusive. Un ejemplo lo encontramos con José María Maytorena, quien lo hizo en 1938.

Al llegar a México, Ochoa recuperó sus rangos militares y, por órdenes de Álvaro Obregón (ambos se conocieron en el ejército del Noroeste), se le confirió el grado de teniente coronel y en 1924 ascendió a coronel. Pasó a radicar en Sonora en 1929, donde desempeñó distintas funciones, de las cuales la más relevante fue la reconstrucción de la comunidad yaqui de Pótam, como parte del proceso de paz entre el gobierno y dicho grupo originario. En 1950 obtuvo su último rango, general brigadier, y al poco tiempo solicitó su retiro.

El 13 de noviembre de 1968, Ochoa falleció a los 76 años, en Ciudad Obregón. Su hijo, Héctor Antonio Ochoa Robles, se encargó de escribir una biografía sobre su padre en conmemoración de los 50 años del cambio de nombre de la ciudad. En la actualidad, una calle lleva su nombre en esa población, la cual cruza las colonias Oscar Russo Voguel y Aves del Castillo.

La revolución mexicana provocó, entre los varios de sus efectos, el exilio y destierro de distintos grupos: militares, intelectuales, grupos religiosos e incluso civiles buscando refugio; por diversos motivos y como resultado del conflicto, hubo movilizaciones fuera de México. Entre los puntos de llegada destacó Estados Unidos, aunque no fue el único país que recibió mexicanos; Europa y Cuba fueron otros receptores con su respectiva importancia.

El caso de Antonio Ochoa Insunza muestra un acercamiento al exilio, desde la perspectiva de un villista que tuvo que abandonar el país como resultado de la



vi

Antonio Ochoa, 8 de abril de 1943. Archivo particular de la familia Ochoa.

derrota de su movimiento. Su estancia en Estados Unidos se vio reflejada por los cambios entre poblaciones, la minería y la mutabilidad en apariencia. Todos estos son elementos propios de su experiencia, como lo han sido de otros villistas de cuyas vidas en el destierro no quedan registros. El esfuerzo de su familia (incluido el de quien escribe este artículo, su tataranieta) por conservar su memoria, permiten saber más sobre estos personajes, cuya derrota se vio conectada con el destierro.

El caso de Antonio Ochoa Insunza muestra un acercamiento al exilio, desde la perspectiva de un villista que tuvo que abandonar el país como resultado de la derrota de su movimiento.



PARA SABER MÁS

Al estallar la revolución, Antonio Ochoa fue de los sonorenses que a los 18 años apoyó el movimiento maderista en el estado.

Ochoa radicó en Estados Unidos durante casi cinco años. Regresó en 1920, un año que representa el retorno de varios desterrados.

Radicó en Sonora en 1929, donde desempeñó distintas funciones, de las cuales la más relevante fue la reconstrucción de la comunidad yaqui de Pótam.

JOSÉ ÁNGEL BERISTÁIN CARDOSO
Universidad Abierta y a Distancia de México

28



José Vasconcelos y el proyecto de educación y cultura

Nadie como el intelectual oaxaqueño fue capaz de interpretar la necesidad de integrar educación y cultura dentro de un proyecto federal de largo plazo para México. Su propuesta, que llevaría a cabo con tanto éxito, está enraizada con las definiciones que había establecido en *Pitágoras: una teoría del ritmo*, libro que escribió en su exilio en Nueva York.

i

José Vasconcelos y Álvaro Obregón [detalle], ca. 1921. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.

A cien años de la fundación de la Secretaría de Educación Pública (SEP), vale la pena rescatar que la política cultural emprendida desde 1920 por José Vasconcelos, designado como jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes, gestó sus principales ideas sobre el papel de la educación y la cultura en México, proyectó la federalización de la educación pública y la creación de una secretaría de Estado que se ocupara de todos los asuntos educativos y culturales. Vasconcelos, el hombre de libros y preocupaciones inteligentes, el único intelectual de primera fila en quien confió el régimen revolucionario, aquel que pobló a México de objetos y estímulos estéticos, selló un binomio entre la educación y la cultura, el cual se volvería indisoluble hasta el siglo xxi.

Originario de Oaxaca, José Vasconcelos (1882-1959) se formó en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Participó en la Sociedad de Conferencias (1907-1909) la cual fundó, junto con Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y otros jóvenes inquietos en propagar el “amor a las ideas nobles y bellas”. Con este mismo grupo creó el Ateneo de la Juventud (1909-1912), espacio intelectual en donde se libró una batalla filosófica contra el positivismo, que predominaba como ideología del Estado y que se erigió como una especie de agencia activa, alterna al gobierno, caracterizándose por sus conferencias de corte nacionalista.

Como miembro del Ateneo, Vasconcelos participó en la Universidad Popular (1912-1920), cuyo propósito consistió en llevar a cabo la tarea de “extensión universitaria” que, por distintos motivos, la Universidad Nacional no había podido realizar, y por el cual los ateneístas apoyaron a Justo Sierra en el proceso de su fundación. Cabe recordar que Carranza había derogado en 1914 la

“extensión universitaria” de la ley de la Universidad Nacional. Sin embargo, los ateneístas tenían muy claro que “el educado debía compartir su cultura con el ignorante”, de acuerdo con la influencia del extensionismo de la Universidad de Oviedo difundida en México por Rafael Altamira (1866-1951), intelectual español que visitó nuestro país en su gira americana en 1909. Esta universidad, localizada entre las montañas de Cantabria y la bahía de Vizcaya, había comenzado a dirigir programas de educación popular a los obreros desde 1898.

Eulalio Gutiérrez, presidente provisional de la república (1914-1915), nombró a Vasconcelos secretario de Instrucción Pública, pero una vez derrotado su gobierno el maestro se vio obligado a huir a Nueva York. En esta ciudad escribió *Pitágoras: una teoría del ritmo* (1916), en donde nutrido por las bibliotecas locales preludeaba el monismo estético, una propuesta de educación basada en los principios de la belleza, la emoción estética y el universo, la cual serviría de soporte en su visión educativa y cultural en sus posteriores ensayos y gestión pública.

En la nota periodística del diario *Excelsior* titulada “Deben volver los mexicanos expatriados” (jueves 3 de junio de 1920), José Vasconcelos se mostró contundente al declarar: “La patria es de todos y el que regrese debe ser ejercitando un derecho legítimo y no solicitando una gracia que rebaja la dignidad”. Ya en el país, en agosto de 1920, durante el breve mandato presidencial de Adolfo de la Huerta, fue nombrado jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes, el cual aglutinaba instituciones y actividades de la antigua Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Desde este cargo puso en práctica el programa del Ateneo de la Juventud (sin ateneístas). Se perfilaron dos vertientes educativas: una, la federalización de

la educación pública, y otra, la creación de una secretaría de Estado que tratara todos los asuntos de la educación y cultura en México.

Durante su breve estancia en la rectoría de la Universidad Nacional (1920-1921), Vasconcelos impulsó una campaña de alfabetización y la creación del Departamento de Intercambio y Extensión Universitaria. “En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedirle a la Universidad que trabaje por el pueblo”, había dicho en su toma de posesión.

En octubre de 1920 elaboró y envió a la Cámara de Diputados el proyecto de ley para la creación de una Secretaría de Educación Pública federal, en la cual no podía existir contradicción alguna entre la educación y cultura, a lo que denominaría “Cultura Estética”. En este proyecto, el Departamento Escolar se ligaba indisolublemente al de Bibliotecas y al de Bellas Artes. Para él, un verdadero ministerio no debería limitarse solamente a fundar escuelas. Finalmente, el 12 de octubre de 1921 Vasconcelos dejó la unam para asumir la titularidad de la Secretaría de Educación Pública.

Álvaro Obregón apoyó plenamente su proyecto, dando gran impulso a la alfabetización y actividades culturales: se impulsó la pintura en los edificios públicos, convocando a pintores a revivir en los muros el arte olvidado años atrás y, de esta manera, contar la historia de México a partir de los frescos; respaldó la publicación y difusión de los clásicos universales –imaginemos a Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor y Samuel Ramos traduciendo a Plotino en el mismo salón donde despachaba Vasconcelos–; se fomentaron los orfeones de música y la salud física. En este sentido, es importante mencionar que, desde 1903, en la renovación de los planes de estudio del Conservatorio se habían comenzado a estimular los orfeones como una estrategia para alejar al pueblo de la taberna y el vicio, considerado en su época sinónimo de criminalidad.

Todas estas acciones se orientaron como propias de la revolución mexicana, las cuales Obregón no vaciló en proyectar hacia el extranjero, en un contexto en donde se buscaba establecer las condiciones precisas para obtener el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos, la cual era una de sus tareas pendientes. A través de la SEP se fomentó la cultura estética, y, en los años subsecuentes, se construyeron escuelas rurales federales para disciplinar y canalizar las energías de los campesinos rebeldes en pos de su nacionalidad y modernidad.



ii José Vasconcelos y Álvaro Obregón, ca. 1921. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.



iii El presidente Álvaro Obregón en Córdoba, Veracruz con José Vasconcelos al fondo, 23 de agosto de 1921. Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca.

El proyecto de ley de Vasconcelos enviado al Congreso en 1920, dio lugar en julio de 1921 a la puesta en marcha de la Secretaría de Educación Pública.



POLÍTICA CULTURAL VASCONCELISTA

Podemos definir a la política cultural como el conjunto de orientaciones y directrices que rigen la actuación de la sociedad en el campo de la cultura y, por supuesto, coincidir con acepciones como las de la investigadora Mary Kay Vaughan en su obra *La política cultural en la revolución* (2011), quien considera a esta como el proceso por el cual se articulan y disputan las definiciones de cultura, en un sentido estrecho de identidad y ciudadanía nacional, de la conducta y de los significados sociales. Esta investigadora encontró en las escuelas rurales verdaderas arenas de disputa de política cultural en los decenios de 1920 y 1930.

El proyecto de ley de Vasconcelos enviado al Congreso en 1920, gestado como una política pública mejor articulada que sus antecesoras, dio lugar en julio de 1921 a la puesta en marcha de la Secretaría de Educación Pública, integrando en sus arterias al Departamento de Bellas Artes, el cual quedaba dividido en dos secciones: la primera comprendía al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología –como antecedente, en 1913, la Inspección de Monumentos arqueológicos se había incorporado al Museo Nacional, y en 1914 fundó la Inspección de Monumentos Históricos–. Se incluyó también a la Escuela

Nacional de Música (lo que es el Conservatorio), la cual había cambiado de nombre, y se insertaba tanto dentro de la Secretaría de Educación como de la Universidad Nacional hasta el conflicto por la autonomía de la última (1929), en donde el Conservatorio se separa de esta institución para quedar exclusivamente dentro de la SEP, orillando a la máxima casa de estudios a fundar su propia facultad de música (hoy Escuela Nacional de Música). Además, se integró a la Academia de Bellas Artes la exposición de Monumentos Artísticos y la exposición permanente de Arte Popular.

La segunda sección incluyó a la dirección de Cultura Estética, la de Cultura Física y la de Dibujo y Trabajos Manuales.

El año 1920 fue decisivo en la política cultural de los gobiernos posrevolucionarios mexicanos, gestándose un binomio entre educación y cultura. Respecto a la pintura, William P. Spratling, diseñador y artista especialista en la joyería de plata mexicana, en un artículo dedicado a Diego Rivera y publicado en la revista *El Ilustrado* del diario *El Universal* (23 de abril de 1931), no solamente describió las particularidades del talento y personalidad del pintor, sino también recalcó las huellas que plasmaron en su obra los alcances del periodo cultural que gestó el vasconcelismo:





iv
Diego Rivera, *En el arsenal*, fresco, 1929. Secretaría de Educación Pública, Patio de las Fiestas, muro sur.

En todo esto, Diego Rivera, puede decirse que pertenece no solamente a su época en México, sino que ha alcanzado una especie de internacionalismo [...] Él no es oportunista y es más bien un pintor popular de moda. Es un resultado natural del pensamiento y sentimiento de su tiempo [...] Los diez años de sus actividades en México, coinciden con el periodo cultural más fértil en aquel país. Cuando algún día se escriba la historia de Diego Rivera, será un registro íntimo de aquella época. La integración de una cultura indígena, el descubrimiento de valores aborígenes, la formación, los entusiasmos y aspiraciones del sindicato de pintores y escultores, el crecimiento del individualismo y la gradual desintegración de los grupos revolucionarios. Desintegración de la cual emergió Rivera, el pintor, una calidad sólida, inequívoca a pesar de las personalidades, y una de las pocas actualidades de la revolución.

Respecto a la música, la orquesta del Conservatorio había pasado a depender de la Escuela Nacional de Música y Arte Teatral en 1916, por lo que quedó dentro de la Dirección General de las Bellas Artes adherida al Departamento Universitario, y con una nueva denominación: Sinfónica Nacional. En relación con esta orquesta y el impulso que obtuvo por parte de la política cultural vasconcelista, en la misma revista *El Ilustrado* (22 de diciembre de 1938) el maestro Estanislao Mejía (1882-1967), fundador de la Facultad de Música de la Universidad Nacional y también director del Conservatorio, realizó las siguientes precisiones:

Digna es de notarse la perspicacia artística del licenciado José Vasconcelos, que, como rector de la Universidad nombrado por el nuevo gobierno en 1920, determinó otra etapa de la Sinfónica Nacional, designando al maestro Julián Carrillo director de aquella agrupación. Eran los propósitos de Carrillo, despertar el gusto del pueblo por la música, llevándole el conocimiento de lo clásico. Desde mediados de 1920 hasta 1924 aproximadamente, la Nacional hizo temporadas de conciertos, ora en el Anfiteatro de la Preparatoria, ora en el Teatro Principal, ora en el Teatro Colón.

En 1921, Carrillo presentó con la Sinfónica Nacio-

nal la 9ª sinfonía de Beethoven en el patio de la Secretaría de Educación, con la parte coral interpretada por alumnos obreros del Departamento Nocturno de Música. Para 1923, la Sinfónica Nacional realizó una gira por el interior de la república con el fin de descentralizar los conciertos de la capital. La agrupación se disolvió en 1924 y sus integrantes continuaron tocando en la orquesta del Sindicato de Filarmónicos, reorganizada en 1928 por Carlos Chávez, con el nombre de Orquesta Sinfónica de México (OSM), la cual terminó inserta en 1947 en las arterias del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (INBAL) como Orquesta Sinfónica Nacional (OSN), nombre que conserva hasta nuestros días.

El crítico musical “Demóstenes”, en la sección “La música y los músicos entre bastidores” de *El Ilustrado*, de quien se desconoce el nombre detrás del seudónimo y que causaba escozor en el ambiente musical con sus artículos, en relación con el gobierno de Obregón y la labor de Vasconcelos, publicó el 13 de enero de 1938 lo siguiente:

No puede negarse que todos los gobiernos de la Revolución supieron reconocer la influencia dominante de la música en la multitud. Pero ninguno como el presidente Obregón: gracias a la visión amplísima de José Vasconcelos, su secretario de Educación Pública llegó a servirse de esa fuerza singular de persuasión con un programa claramente precisado. Obregón se sirvió de la música, en sus aspectos vocal e instrumental, con un sentido táctico de orden superior utilizándola, no solo en la escuela en sus diferentes grados, la Preparatoria inclusive, sino, en genial interpretación eufemizada del mito de Orfeo, hasta en las masas ignorantes, precisamente para despertar sus simpatías por la escuela, en aquella campaña sin precedentes de alfabetización magníficamente dirigida por su gobierno. ¡Había que ver en las plazas públicas aquellas enormes concurrencias de ignorantes atraídos por la música, gancho mágico para proceder a la alfabetización a cargo de los misioneros mejor remunerados que el país ha tenido!

El binomio educación-cultura, que tanto dio a México, se rompió en 2015 con la creación de la Secretaría de Cultura. José Vasconcelos había sabido leer los tiempos, y durante su gestión pública comprendió que no era más el momento de los prohombres, sino de las instituciones.



v
Diego Rivera, *El que quiera comer que trabaje*, fresco, 1929. Secretaría de Educación Pública, Patio de las Fiestas, muro sur.

PARA SABER MÁS

BERISTÁIN CARDOSO, JOSÉ ÁNGEL, “Educación artística y autonomía universitaria en México: orígenes de la Orquesta Sinfónica de la Universidad Nacional (1929-1936)”, *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 2021, en <<https://cutt.ly/DmO6dXo>>.

BERISTÁIN CARDOSO, JOSÉ ÁNGEL, “Política cultural en México. De la educación al entretenimiento” en Javier Tobar, Alberto Zárate y José Luis Grosso (comps.), *El patrimonio cultural en tiempos globales*, Popayán, Colombia, Universidad del Cauca, 2018.

CANO MENONI, AGUSTÍN, *Cultura, nación y pueblo. La extensión universitaria en la UNAM (1910-2015)*, México, IISUE-UNAM, 2019.

FELL, CLAUDE, *Los años del águila*, México, UNAM, 1989.

SERGIO MORENO JUÁREZ

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

36

La fiesta del "niño pobre" en el centenario de 1921

i

Escolares desfilan frente a Palacio Nacional, ciudad de México, 15 de septiembre de 1921, inv. 42626, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



El régimen que siguió a la revolución aplicó otra impronta social para festejar los primeros cien años de la independencia nacional. El caso de la infancia, desatendida hasta entonces, fue una de ellas. Se creó una semana destinada para reflejar las nuevas políticas para los niños y visibilizarlos con actos en los que ellos fueron los principales protagonistas.

En septiembre de 1921, la ciudad de México se convirtió en el escenario principal de la conmemoración del centenario de la consumación de la independencia nacional. El festejo –enmarcado en el proceso de reconstrucción nacional– permitiría a las elites políticas e intelectuales del régimen obregonista (1920-1924) incentivar la confianza en el proceso de pacificación y difundir una cultura nacionalista con tintes indigenistas y populares. Asimismo, la conmemoración, denominada el “otro” centenario –forma de diferenciación ideológica respecto al lujo y boato del centenario de 1910–, permitiría al régimen generar cohesión y nuevas lealtades políticas a través de la realización de acciones encaminadas a la mejora y promoción de la alfabetización, alimentación, higiene y salud de la población desvalida.

Entre esas múltiples acciones sobresalió el interés del régimen por brindar especial atención a la infancia durante la Semana del Niño, organizada por el Departamento de Salubridad Pública entre el 11 y el 17 de septiembre. El fin perseguido consistió en socializar un conjunto de saberes médico-higienistas para reducir los altos índices de desnutrición y mortandad infantil en el país. Además, se organizaron dos actos multitudinarios el 13 y el 15 de septiembre para movilizar a los niños escolarizados y encauzarlos en la preservación del recuerdo histórico y los valores cívicos. Sin embargo, para generar consenso en torno al nuevo proyecto de Estado e incentivar el clientelismo político entre los sectores populares, los organizadores del centenario decidieron brindar un día de regocijo a los niños pobres de la ciudad de México.

EL CENTENARIO DE 1921

El fin de la fase armada de la revolución mexicana –proceso político-militar que devino mito fundacional de los regímenes instaurados a partir de 1917, tras el desarme y desmovilización de las facciones populares– dio paso a la pacificación del país en aras de la conformación de un nuevo proyecto de Estado.

El Estado que emanó de la revolución supuso el fin del régimen oligárquico encabezado por el general Porfirio Díaz para dar cabida a uno nuevo, el cual se cimentó en la reconfiguración del nacionalismo, la resignificación del indigenismo y la reorganización de las relaciones sociales. Con ese fin, las elites políticas e intelectuales se dieron a la tarea de generar un amplio consenso entre la población.

El general Álvaro Obregón, quien ascendió al poder en 1920, dio continuidad al proceso de pacificación iniciado por su predecesor, el general Adolfo de la Huerta, e implementó una serie de reformas sociales que priorizaron, entre otros rubros, la institucionalización de la educación básica y el reparto de tierras en los estados de México y Morelos. No obstante, la conmemoración de los cien años de la consumación de la independencia nacional representó una oportunidad excepcional para ampliar las bases sociales del régimen por medio de la organización de un festejo nacionalista e incluyente.

Así, el 16 de abril de 1921 se instituyó –mediante decreto presidencial– una comisión organizadora de las fiestas del centenario, integrada por el secretario de Go-



ii

Escolares esperan el paso del desfile durante las fiestas del centenario, ciudad de México, 15 de septiembre de 1921, inv. 42675, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



iii

Niñas con bandera caminan por una calle, ciudad de México, septiembre de 1921, inv. 42686, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

beración, el general Plutarco Elías Calles; el secretario de Relaciones Exteriores, ingeniero Alberto J. Pani, y el secretario de Hacienda y Crédito Público, el general Adolfo de la Huerta. La comisión transfirió de inmediato sus funciones a un comité ejecutivo integrado por el mayor Emilio López Figueroa, los diputados Carlos Argüelles y Juan de Dios Bojórquez, y el periodista y escritor Martín Luis Guzmán. Los festejos deberían tener, por designio presidencial, un carácter nacionalista y popular con amplia participación de la ciudadanía.

La austeridad económica y la premura del tiempo propiciaron la intervención directa de la industria y el comercio en la organización y patrocinio de actos conmemorativos. Ese fue el caso de los diarios *El Universal* y *Excelsior* al auspiciar, respectivamente, el concurso racial “La india bonita” y la apoteosis de la bandera nacional en Iguala, Guerrero, así como la colocación de lápidas en las tumbas y casas de los periodistas insurgentes de la ciudad de México. Cabe mencionar que ambos diarios elaboraron sus propios programas festivos con gran anticipación y solamente inscribieron algunos actos conmemorativos de interés público en el programa festivo nacional.

El Ayuntamiento de la ciudad de México organizó su propio programa, contemplando la realización de obras de saneamiento y “hermoseamiento” del zócalo y calles adyacentes, la inauguración y rehabilitación de jardines, parques y plazas públicas, el emplazamiento de arcos florales donados por los estados de la república y la celebración de ceremonias cívicas. La tensa relación entre autoridades federales y municipales propició que el Ayuntamiento capitalino notificara de último momento su programa festivo al comité ejecutivo. Incluso, la conflictiva relación influyó en el atraso de la modificación del zócalo, rediseñado como un parque inglés con arbustos, césped y un mástil veneciano en el centro.

Finalmente, el comité ejecutivo integró un programa oficial saturado de banquetes, ceremonias cívicas, congresos estudiantiles y médico-higienistas, eventos deportivos, exhibiciones militares, funciones teatrales y operísticas, y juegos florales. Sin embargo, prevaleció el interés de los organizadores por signar los festejos en función de la condición social de sus destinatarios, pese a la excesiva reiteración del carácter popular del centenario. Prueba de ello fue la organización de una “noche mexicana” en el bosque de Chapultepec para las elites del régimen, fiestas charras y jaripeos para los sectores medios, jamaicas para los obreros y una fiesta para los niños pobres de la capital.

Aunado a ello, las labores de pavimentación y mejora urbana se concentraron en la zona poniente de la ciudad de México, beneficiando exclusivamente a los residentes de las colonias Juárez y Roma. Por si fuera poco, el presidente ordenó la limpieza social de la zona centro, a fin de que la Beneficencia Pública levantara y vistiera adecuadamente –con calzón y traje de kaki– a los mendigos, ociosos y vagabundos y se desterrara a los reticentes. Como era de esperarse, la crítica periodística se enfocó en el carácter elitista de los festejos y, sobre todo, en la imposición de eventos deportivos. Por ejemplo, el periodista y escritor Martín Galas, seudónimo de Edmundo Fernández Mendoza, puso en duda, desde las páginas de *El Demócrata*, el uso común del florete entre los mexicanos.

LA SEMANA DEL NIÑO

La conmemoración del centenario permitió generar consenso entre la población capitalina a través de la realización de actos públicos de carácter asistencial e higienista, en beneficio de los sectores más desprotegidos, entre ellos la población infantil. El Departamento de Salubridad Pública fue el encargado de organizar una intensa campaña de “educación higiénica”, entre el domingo 11 y el sábado 17 de septiembre de 1921, para influir en los hábitos de la población. La denominada Semana del Niño contempló la realización de una exposición educativa en las instalaciones del Departamento de Salubridad, consistente en la demostración de cuidados materno-infantiles, la impartición de conferencias y el reparto de folletos ilustrados sobre salud infantil y objetos de aseo personal.

Las conferencias dictadas por médicos e higienistas abundaron en las condiciones óptimas para procrear hijos sanos, los cuidados debidos a los recién nacidos, la alimentación infantil diferenciada por etapas de desarrollo, el cuidado de los dientes o el vestido adecuado para los niños. Asimismo, se organizaron visitas guiadas a los establecimientos de la Beneficencia Pública y se instituyó el día del Registro Civil, el 14 de septiembre, para promover la importancia de la institución en la inscripción y resguardo de la información personal y los hechos civiles de la población –nacimiento, matrimonio, muerte–.

El 16 de septiembre se conmemoró el Día de las Madres para promover el cuidado materno-infantil. Con ese fin, se repartieron canastillas de ropa para recién



iv

Escolares esperan el paso del desfile durante las fiestas del centenario, ciudad de México, 15 de septiembre de 1921, inv. 42675, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



v

Escolares desfilan por las calles de la ciudad de México, 15 de septiembre de 1921, inv. 42633, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



vi
Desfile del centenario de la consumación de independencia, ciudad de México, 18 de septiembre de 1921, inv. 42513, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

nacidos en las casas de maternidad y en las cárceles de mujeres. Además, se entregaron banderas tricolores a las madres de los bebés nacidos en el mes patrio para que las colocaran en un lugar visible de sus hogares y, de ese modo, recibieran atención médica gratuita por parte del personal del Departamento de Salubridad. En tanto que el 17 de septiembre fue designado como el Día de los Padres, para concientizarlos e involucrarlos en el bienestar y el “cuidado racional” de la salud de sus hijos.

Por el contrario, el martes 13 y el jueves 15 de septiembre se realizaron dos actos masivos con los niños escolarizados del Distrito Federal. El primer día fueron movilizados 5 000 niños capitalinos a bordo de automóviles y camiones, para dar un paseo por las avenidas Juárez y Reforma y la recién remodelada Plaza de la Constitución. Mientras que, el segundo día, aproximadamente 50 000 niños inscritos en las 168 escuelas del Distrito Federal juraron la bandera en una ceremonia multitudinaria. Ese día, los niños –agrupados en ocho cuerpos y 23 secciones distribuidas desde la entrada al bosque de Chapultepec hasta la Plaza de la Constitución– entonaron el himno nacional y saludaron a la bandera y al presidente de la república.

La movilización masiva no se restringió de manera exclusiva a los niños escolarizados, pues el comité ejecutivo contempló la realización de un paseo y una fiesta para los niños pobres de la ciudad de México, el viernes 23 de septiembre. De ese modo, se pretendía dar un aire popular al centenario, pero este se fundamentó en la diferenciación y segregación social de los pobres.

FESTEJO DE LOS NIÑOS POBRES

El miércoles 14 de septiembre, el diario *El Universal* confirmó la realización de la fiesta del niño pobre para brindar un “día de gusto” a unos 10 000 niños de entre seis y diez años. Los niños –escogidos entre los “más pobres”, sin especificar el método de selección– recibirían juguetes y caramelos de manos de las “distinguidas damas” de la sociedad capitalina. La magnitud del evento supuso una organización logística que contempló la distribución gratuita de boletos en el Ayuntamiento de la ciudad de México, la Universidad Nacional, el Hospicio de Pobres, la Cruz Roja, la Cruz Blanca y las escuelas capitalinas.

El comité organizador, encabezado por el empresario Arturo J. Braniff, convocó anticipadamente a los

propietarios de automóviles y camiones, con el fin de que facilitaran el transporte necesario para dar un paseo a los niños por avenida Reforma y la recién remozada calzada de Tacubaya. Sin embargo, ante la nula respuesta de los particulares, los organizadores del festejo recurrieron al alquiler de transporte. La negativa de los propietarios de vehículos se fundamentó en los prejuicios clasistas imperantes en la sociedad capitalina. Según advirtió *El Universal*, preveía la común creencia de que los “niños de abajo” solían ensuciar y estropear las cosas.

Esta situación propició que la fiesta se postergara una semana, es decir, hasta el viernes 30 de septiembre. Mientras tanto, los niños y sus padres fueron notificados por diversos medios –entre ellos los diarios *El Demócrata* y *El Universal*–, respecto a los sitios de reunión donde serían recogidos por profesores del Ayuntamiento, oficiales de policía y miembros de la Cruz Blanca y la Cruz Roja. El día del evento, los niños se aglomeraron en la alameda de Santa María la Ribera, el hospital de la Cruz Roja, los jardines del Carmen, Cuauhtémoc, Santo Domingo y San Fernando, y la plaza de San Pablo. Asimismo, se dispuso de camiones para que asistieran al festejo los niños asilados en el Hospicio de Pobres.

El periodista oaxaqueño Jacobo Dalevuelta, seudónimo de Fernando Ramírez de Aguilar, refirió desde las páginas de *El Universal* que la fiesta había dado comienzo a temprana hora en las barriadas, pues las “sucias vecindades quedaron por varias horas sin el único encanto que tienen: sus muchachos –casi todos pringosos y en desaliño–, pero todos bellos, interesantes”. Los niños de “mirada tranquila” y ataviados con “pintorescos vestidos” se habían concentrado desde las diez de la mañana en los jardines y plazas a la espera del transporte, pero aprovecharon el tiempo libre para cantar, correr, gritar y reír “profundamente, sanamente, efusivamente”.

El recorrido dio comienzo a las once de la mañana desde Paseo de la Reforma hasta el Athletic Reforma y continuó por Avenida Central, Molino del Rey, Dolores, Tacubaya y la calzada de la Hormiga para adentrarse, por último, en el bosque de Chapultepec. El fin del trayecto fue el lago de Chapultepec, en torno al cual se instalaron tiendas de campaña para que las damas de la caridad entregaran a los niños una pelota, un paquete con 200 gramos de galletas y una bolsita con 150 gramos de caramelos. Además, se elevaron coloridos globos de cantoya (papel china) y fueron distribuidas diversas bandas musicales al interior del bosque para amenizar el festejo con marchas militares.

vii

Carros alegóricos en desfile con motivo del centenario de la consumación de la independencia, ciudad de México, 18 de septiembre de 1921, inv. 42448, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

43



La fiesta del niño pobre había cubierto todas las expectativas, pues aparentemente los niños se mostraron alegres de estar en total libertad, lejos del control familiar y, sobre todo, porque “se les sonreía, se les mimaba, aunque fuese por instantes”. Al respecto, el cronista del evento, Jacobo Dalevuelta, aseveró que muchos de esos “desarrapadillos” jamás habían recibido una muestra de afecto, pues su bondad e inocencia les impedían diferenciar entre el cariño verdadero, prodigado esencialmente en el entorno familiar, y el trato amable de ocasión. Estas características, asociadas a la supuesta naturaleza angelical de los niños, no hacían más que replicar un modelo burgués de infancia que entraba en conflicto con la mayoría de las experiencias de vida infantil en la ciudad de México.

Por la tarde, los niños fueron devueltos a los puntos de reunión donde serían esperados por sus familiares y amigos. El desorden y la libertad de acción habían permitido que disfrutaran del cálido sol de otoño y el aire fresco del bosque. Finalmente, la fiesta había cumplido su objetivo, pues al estar enmarcada en la conformación del nuevo proyecto de Estado, emanado de la revolución y cimentado en el ideal del hombre nuevo, los niños o, mejor dicho, los “hombres del mañana” enaltecieron la unidad nacional de manera lúdica: cantando, corriendo y riendo para derrotar momentáneamente el abandono y la melancolía en la que, inevitablemente, volverían a insertarse concluido el festejo.

PARA SABER MÁS

ALANÍS, MERCEDES, “Los niños en el festejo del centenario de la consumación de la Independencia”, *BiCentenario. El ayer y hoy de México*, 2009, en <<https://cutt.ly/CmCvpL3>>.

DÍAZ y DE OVANDO, CLEMEN- TINA, GUADALUPE JIMÉNEZ CO- DINACH y PATRICIA GALEANA, México: *independencia y soberanía*, México, Archivo General de la Nación/Secretaría de Goberna- ción, 1996.

GUEDEA, VIRGINIA (coord.), *Ase- dios a los centenarios (1910 y 1920)*, México, Fondo de Cultura Econó- mica/Universidad Nacional Autó- noma de México, 2009.

MORENO JUÁREZ, SERGIO, “La infancia mexicana en los dos centenarios de la independencia nacional (ciudad de México, 1910 y 1921)”, *Historia Mexicana*, 2012, en <<https://cutt.ly/KmCvdwg>>.

CÉSAR CRUZ ÁLVAREZ
Instituto Mora

44

La presión empresarial a Ruiz Cortines y López Mateos



i

Líder habla ante manifestantes en la Plaza de la Constitución, ca. 1958, inv. 376612, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

45

Las efervescentes demandas obreras de 1958 y 1959 por mejoras salariales fueron motivos de duros cuestionamientos de las instituciones patronales que reclamaban represión para ponerles un alto. El contexto de la guerra fría y el antagonismo capitalismo-comunismo potenciaban diferencias y desacuerdos.

En febrero de 1959, el boletín de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO) advirtió que la embajada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) financiaba a los movimientos obreros del país. Desde la mirada de los hombres de negocios, el objetivo era romper la paz social y desestabilizar el gobierno de Adolfo López Mateos, quien había logrado reestablecer la confianza de los inversores privados nacionales y extranjeros, después de las numerosas huelgas del año anterior. Como consecuencia de las protestas sindicales de 1958-1959, las cuales marcaron un hito en la historia del movimiento obrero, en la prensa nacional y en otras publicaciones, como los boletines de las organizaciones empresariales, se desató una guerra de opiniones sobre el sindicalismo y la política laboral. Esta fue tan sólo una muestra de la polarización ideológica que vivía el país al final del gobierno de Adolfo Ruiz Cortines y el inicio de la gestión de López Mateos.

México vivió un periodo de desarrollo económico durante la década de 1940 debido a las condiciones impuestas por la segunda guerra mundial. Ante la dificultad de comprar mercancías en Estados Unidos o Europa, la industrialización fue la respuesta. Los sectores industria-

les y agrícolas cuyos productos eran destinados al exterior fueron los más beneficiados. Los ingresos por las exportaciones beneficiaron al gobierno y a la iniciativa privada; las ganancias se utilizaron para ampliar la base industrial, diversificar sus negocios o aumentar el gasto público. En consecuencia, los hombres de negocios se posicionaron como un grupo económicamente fuerte, aunque con limitada influencia política.

Después de 1953, el modelo económico presentó signos de agotamiento, en parte porque las exportaciones de materias primas como el algodón, habían disminuido drásticamente. En abril de 1954, ante el desequilibrio de la balanza de pagos, la inflación y la disminución de las reservas del Banco de México, el presidente Adolfo Ruiz Cortines y el secretario de Hacienda, Antonio Carrillo Flores, tomaron la decisión de devaluar el peso. Esta medida fue calificada como “drástica e impopular”, sobre todo por sus consecuencias en la economía de las familias. A partir de ese momento, el precio de los productos básicos –carne de res, tortilla, leche– aumentó de forma constante, golpeando una vez más el poder adquisitivo del sector obrero. Estos hechos generaron tensión y descontento entre los trabajadores, quienes habían soporta-

do una política de contención salarial desde la década de 1940. Es decir, el crecimiento económico no benefició a todos por igual.

La situación estalló en 1958, cuando se registraron 740 huelgas que movilizaron a más de 60 000 trabajadores. Las protestas involucraron a empleados industriales y de servicios como maestros, telegrafistas y ferrocarrileros, cuyas actividades eran esenciales para el día a día en la vida del país. Ante esto, las organizaciones empresariales a través de *Carta Semanal*, publicada por la CONCANACO, y *Confederación*, de la Confederación Nacional de Cámaras Industriales (CONCAMIN), demandaron respeto a la paz social y al orden, el cual debía ser impuesto por el gobierno.

I

Los medios impresos construyeron entre 1958 y 1959 una interpretación de los movimientos sindicales. Por un lado, a través del consumo de los diarios de circulación nacional que llegaban a amplios sectores de la sociedad mexicana, y, por el otro, mediante publicaciones que se distribuían al interior del sector comercial e industrial del país. En algunos momentos, las opiniones vertidas tanto en unas como en otras publicaciones coincidieron en la forma de analizar y caracterizar a los movimientos y los líderes obreros.

La huelga en los telégrafos –6 de febrero de 1958– marcó el comienzo de las movilizaciones sindicales. Los trabajadores demandaban aumento salarial de 50% y la restitución de 27 de ellos. La prensa pronto descalificó tanto a los líderes del movimiento como sus peticiones. El 11 de febrero, el periódico *El Nacional* señaló que los trabajadores perseguían un “interés bastardo” que no correspondía con el “supremo interés social” del país. Por otro lado, los líderes telegrafistas –Ramiro Nivón, Ramón Salazar Quintero, Pedro Abrego, Eudomaro Zetina y Rodolfo Gómez Salas– fueron calificados de “jovencitos demagogos”, “aprendices de telegrafistas” y también se les injurió achacándoles antecedentes penales y psiquiátricos. Estos ataques duraron hasta el final de la huelga.

Así mismo, *Carta Semanal* reprodujo un correo-grama firmado por los presidentes de la CONCANACO, CONCAMIN, Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX) y de la Asociación Nacional de

Banqueros (ANB), en el que solicitaban a Ruiz Cortines intervenir inmediatamente para solucionar el conflicto en los telégrafos, “que tantos perjuicios viene ocasionando al público general”. Mediante la publicación presionaron al gobierno a imponer su autoridad y preservar el orden social. Para los hombres de negocios no había ninguna justificación legal para la huelga, deseñimando con ello las demandas de los trabajadores. Afirmaron que la interrupción del servicio “constituye un verdadero atentado al orden social y a nuestro régimen de derecho. Tolerar esa actitud es sentar un precedente que puede repetirse y provocar una anarquía general”.

Seis días después del inicio de la huelga, Ruiz Cortines dictó algunas medidas para solucionar las demandas de los telegrafistas. Estas contemplaron el ascenso a la categoría inmediata superior a todo el personal de la Dirección de Telecomunicación y de la Dirección General de Correos, para solucionar el problema salarial; pero no se mencionó nada de la restitución de los trabajadores. La propuesta del presidente ocasionó la división del gremio telegrafista, por lo cual, el 19 de febrero un sector de los trabajadores decidió reanudar labores en las centrales de Radio Mex y Radio Chapultepec. Los disidentes terminaron por aceptar el ofrecimiento presidencial y el 22 de febrero se restableció el servicio nacional e internacional, poniendo fin a una huelga de 16 días. De acuerdo con *El Nacional*, las pérdidas monetarias por el paro de labores ascendieron aproximadamente a 10 000 000 de pesos.

Después de la huelga de los telegrafistas, entre abril y mayo de 1958, comenzó a gestarse el movimiento ferrocarrilero. En estos meses también hubo importantes protestas de maestros en la ciudad de México, las cuales fueron encabezadas por el Movimiento Revolucionario Magisterial y su líder Othón Salazar. De forma paralela, en el mes de abril, los electricistas y los petroleros demandaron aumento a sus respectivos salarios y mejoras en sus contratos colectivos. En el caso de los trabajadores del riel, la sección 15 (Distrito Federal) del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM) planteó solicitar un aumento salarial a la empresa Ferrocarriles Nacionales de México (FNM). En mayo, convocaron a una asamblea plenaria en la ciudad de México. Resultado de la discusión sobre el desequilibrio entre los salarios y el costo de la vida, la asamblea decidió constituir la Gran Comisión Proaumento de Salarios. Este organismo pugnó por un aumento de 350 pesos; mientras que la dirigencia del STFRM propuso solicitar sólo 200. Al final, las demandas

ii

Estudiantes con una bandera durante una manifestación, ca. 1958, inv. 376692, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

47



**iii**

Casasola. Ferrocarrileros con mantas de apoyo a López Mateos en su campaña electoral, Irapuato, Guanajuato, México, 1958, inv. 240823, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

del sector ferrocarrilero fueron: 1) aumento de 200 pesos mensuales para cada puesto de trabajo; 2) el incremento aplicaría también para los jubilados, y 3) retroactividad de estas concesiones a partir del 1 de enero de 1958. El rechazo de las propuestas de la Gran Comisión generó tensión entre las bases y la dirigencia sindical. Esto daría pie a que un sector del STFRM demandara su democratización.

49

Entre el 19 y el 21 de mayo, los ferrocarrileros presentaron sus demandas al gerente general de FNM, Roberto Amorós, sin obtener respuesta. Por ello, el 26 de junio el STFRM decidió suspender el servicio por dos horas, aumentando el tiempo en los siguientes días hasta llegar al paro total. Para no continuar afectando el transporte de pasajeros y mercancías, los trabajadores reconsideraron su petición de incremento salarial. Pero, de nueva cuenta, no fue posible un acuerdo y el paro de labores continuó. La falta de entendimiento orilló a Ruiz Cortines a intervenir en el conflicto, el mandatario ofreció aumentar a 215 pesos el salario, el cual fue aceptado y considerado como una victoria por parte de los ferrocarrileros.

En este caso, las organizaciones patronales se manifestaron tardíamente. No obstante, en la medida que el conflicto ferrocarrilero se prolongó, los ataques de los empresarios escalaron en virulencia, hasta el grado de hacer un llamado a la represión y respaldarla en marzo de 1959. Después de que los trabajadores aceptaron el aumento salarial, la CONCANACO, mediante un editorial en *Carta Semanal*, titulado “El peligro de la anarquía”, subrayó la necesidad de poner freno a las acciones del sindicato, las cuales sólo generaban intranquilidad y “naturalmente van minando la seguridad que ya hemos repetido reclama la inversión, la industrialización y el trabajo; pero, por otra parte, el primer afectado con esta serie de movimientos es nuestro Gobierno”. Según la publicación, más allá de las demandas salariales, el verdadero interés del movimiento ferrocarrilero era cuestionar la autoridad del presidente en turno.

Por ello, la CONCANACO exhortó a Ruiz Cortines a tomar medidas más enérgicas. El 6 de julio de 1958, mediante un desplegado, el presidente de la organización afirmó: “es de temerse que si no se toman de inmediato las medidas adecuadas para impedir radicalmente su repetición quede latente una amenaza de anarquía cuyas consecuencias serían posiblemente lamentables”. Esta declaración no tomó en cuenta los acuerdos alcanzados entre el gobierno y los ferrocarrileros; por otro lado, la organización empresarial no hacía explícitas cuáles eran

las “medidas adecuadas” que el gobierno debía adoptar para encarar el problema; por lo cual, no descartaba el uso de la represión.

Posteriormente, el 14 de julio de 1958, una fracción de trabajadores, encabezados por Demetrio Vallejo, buscó democratizar el STFRM. Vallejo –quien representaba el ala democrática– fue electo secretario general del sindicato en la VI Convención General Extraordinaria. Sin embargo, la administración de FNM apeló los resultados y desconoció al nuevo comité bajo la premisa de violar los estatutos sindicales. En consecuencia, Vallejo convocó a suspender el servicio para presionar a la administración a reconocer su triunfo. Así, el 2 de agosto estalló un nuevo paro general.

Los métodos empleados por los trabajadores eran rechazados por los hombres de negocios. El sector industrial denunció que los paros, huelgas o mítines lesionaban el orden social de forma arbitraria. Entre julio y agosto de 1958, *Confederación* comunicó que “este paro injusto e ilegal, absurdo, además, por lo innecesario, viene a ensanchar la brecha que telegrafistas y profesores abrieron ya en la delicada estructura moral de la paz social que venía consolidándose tan lenta y tan meritoriamente por los tres factores decisivos de esa paz: Gobierno, iniciativa privada y trabajadores”. Esta interpretación no reparó en que tales medidas eran un recurso ante la falta de reconocimiento de las demandas obreras por parte de las direcciones sindicales y el gobierno.

La disputa por la dirigencia del STFRM llamó la atención del sector empresarial. En particular, del presidente de la COPARMEX, Mariano R. Suárez, quien declaró que los nuevos paros en los ferrocarriles eran motivados por “la agitación demagógica, que desprecia los intereses de todo el país, multiplica los daños a todos los sectores de la población y amenaza la vida económica de la nación entera”. El dirigente empresarial consideraba que era necesaria una transformación radical en la mentalidad y en los métodos de acción de los líderes sindicales. Si bien los hombres de negocios se enfocaron en las afectaciones económicas, no faltaron las acusaciones morales contra los dirigentes obreros. Los líderes ferrocarrileros fueron calificados de egoístas, violadores de las normas y promotores de paros absurdos. Para los empresarios, el conflicto dentro de los sindicatos demostraba un “divorcio entre líderes y masa de trabajadores [...] sacrificando los verdaderos intereses profesionales –económicos, sociales y morales– de los trabajadores”. Las ambiciones de los líderes



iv
Estudiantes y maestros durante una manifestación en el Zócalo, ca. 1958, inv. 376600, SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



v
Pancarta contra la prensa en
la Plaza de la Constitución, ca.
1958, inv. 376694, SINAFO F. N.
Secretaría de Cultura-INAH-MÉX.
Reproducción autorizada por el
INAH.

transformaban un conflicto interno “en lesión colectiva” para el país. Por ello, fueron constantes las comparaciones con el sindicalismo estadounidense, que era el único que comprendía su misión como organización de la clase trabajadora; su aparente carencia de ideología era motivo de elogio: “[...] No tienen, en absoluto, la menor inclinación hacia veleidades marxistas”; en cambio, los sindicatos mexicanos no servían a los intereses de los trabajadores y estaban sobreideologizados, según la visión empresarial.

Con el fin de evitar una crisis mayor en el transporte de pasajeros y mercancías, la gerencia de FNM negoció con Vallejo las condiciones para poner fin al paro, en particular lo relacionado con la elección del comité ejecutivo. En consecuencia, se organizó una nueva elección; Vallejo y su grupo obtuvieron un resultado arrasador de 59 759 votos a favor y fueron reconocidos por la administración ferroviaria. El aumento salarial y la elección de Vallejo representaron un parteaguas en las movilizaciones de 1958. No sólo las demandas económicas fueron importantes, el ánimo de democratización de los sindicatos mostró una ruptura con el corporativismo estatal, aunque no terminó por concretarse en estos años.

A finales de 1958, después de las victorias obtenidas por los ferrocarrileros, el STFRM solicitó un nuevo aumento salarial. La empresa argumentó no estar en condiciones para satisfacer la demanda; de nueva cuenta, los trabajadores presionarían con una huelga, la cual estaba programada para el 25 de febrero de 1959. Con el fin de prevenir una nueva suspensión del servicio, el 2 de febrero de 1959, el sindicato y el gobierno firmaron un convenio para buscar alternativas a la demanda salarial; sin embargo, los trabajadores de Ferrocarriles del Pacífico decidieron iniciar la huelga el 25 de marzo de 1959, en plena Semana Santa.

Por ello, el gobierno de Adolfo López Mateos decidió utilizar al ejército y a la policía para tomar las instalaciones en manos de los ferrocarrileros. Las organizaciones empresariales respaldaron esta decisión, la cúpula de la CONCAMIN declaró que “con especial satisfacción [...] se solidariza con las medidas tomadas por el Ejecutivo Federal para reprimir los actos delictuosos cometidos por los dirigentes del gremio ferrocarrilero”. En su visión, México atravesaba un momento clave del proceso de industrialización; para consolidarlo era necesario mantener la paz social y evitar conflictos laborales, ya que éstos sólo generaban desconfianza en los inversores.

Por otro lado, los presidentes de CONCAMIN, CONCANACO, COPARMEX y ANB respaldaron la represión

gubernamental. En una carta dirigida al presidente declararon:

Con especial satisfacción nos dirigimos a usted para manifestarle que hemos visto la necesidad y plena justificación de las medidas tomadas por su Gobierno para reprimir los actos delictuosos cometidos por dirigentes obreros del gremio ferrocarrilero, privando a la población en general de uno de los servicios de comunicación más importantes. La energía con la que se ha procedido es la manifestación indispensable del ejercicio de la Autoridad [...] Deseamos patentizarle nuestra absoluta solidaridad con el espíritu de justicia y la finalidad patriótica con que se ha procedido.

Con el uso de la fuerza terminó el periodo de movilizaciones sindicales. Entre 1958 y 1959, el movimiento obrero organizado presentó diferentes desafíos al gobierno y al sector empresarial mexicano. Este utilizó los medios disponibles para desacreditar a los líderes obreros y sus demandas, mientras que presionó a las autoridades para imponer el orden.

II

A pesar de que la prensa, los funcionarios del gobierno y las organizaciones empresariales reconocieron la frágil situación económica de los trabajadores en 1958, cuando éstos optaron por acciones más contundentes –paros y huelgas–, los medios deslegitimaron sus luchas y a los líderes mediante un discurso sustentado en las condiciones nacionales y en el clima internacional de conflicto ideológico propio de la guerra fría, el cual tenía fuerza entre la sociedad mexicana. Los empresarios nacionales no fueron ajenos a este proceso.

El discurso del sector empresarial estuvo permeado de un componente ideológico: acusaron a los líderes obreros, en particular a los del movimiento ferrocarrilero, de antipatriotas, de “servidores de las tendencias comunistas”, cuyo único objetivo “consiste precisamente en estorbar este proceso [de crecimiento económico], para que un ambiente de miseria y de descontento, proporcione un terreno bien abonado para cualquier movimiento violento”. Una apreciación que, por un lado, no tomaba en cuen-

53

ta la contención salarial y el aumento de los precios; y, por el otro, tampoco apreciaba el descontento que existía entre los trabajadores con sus cúpulas sindicales. Además, los empresarios reprocharon la “excesiva tolerancia” de los gobiernos de Ruiz Cortines y de López Mateos contra quienes cuestionaban el orden social. Mediante sus publicaciones, los hombres de negocios rivalizaron con el movimiento obrero y difundieron una imagen negativa de las protestas sindicales, la cual sirvió para presionar al gobierno a ejercer acciones contundentes para restablecer el orden.

▼
Nacho López, Granaderos con lanzagranadas en una calle de la ciudad de México, retrato, ca. 1958, inv. 376690 SINAFO F. N. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



PARA SABER MÁS

ALONSO, ANTONIO, *El movimiento ferrocarrilero en México 1958-1959. De la conciliación a la lucha de clases*, México, Era, 1975.

CAMP, RODERIC, A., *Los empresarios y la política en México: una visión contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

MILLÁN, RENÉ, *Los empresarios ante el Estado y la sociedad (crónica de un sujeto social)*, México, Siglo XXI, 1988.

REYNA, JOSÉ LUIS y RAÚL TREJO DELABRE, *La clase obrera en la historia de México. De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964)*, México, Siglo XXI, 1996.

DIANA GUILLÉN
Instituto Mora

54

Y cuando despertó el feminicidio estaba allí...

Los crímenes en contra de mujeres persisten y aumentan, a pesar de los discursos –por parte de las autoridades de distintos signos políticos– de combatirlos. *Cruces rosas*, *Zapatos rojos* y *Tendederos* retratan tres estrategias colectivas para que el olvido no se imponga, visibilizar el presente y exigir un futuro libre de violencia.

i

Bruno Bleu, *Femme à l'oeil peint en rouge*, inv. 3424639. Adobe Stock.

55 El siglo XXI se inauguró en México con vientos esperanzadores. Aun a sabiendas de que los tintes autoritarios del régimen que se pretendía dejar atrás no desaparecerían de la noche a la mañana, se abrió un horizonte promisorio para avanzar en esa dirección. A dos décadas de distancia el optimismo ha decaído. Dependiendo de filias y fobias políticas se acentúan con mayor fuerza yerros o aciertos de los gobiernos encabezados por el Partido Acción Nacional (PAN) entre 2000 y 2012; por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) de 2012 a 2018; o por el Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA) a partir de 2018.

Me atrevo, sin embargo, a pensar que, desde posturas y percepciones divergentes, y algunas veces incluso antagónicas, los sentires resultantes están hilvanados por una madeja común: la cantidad importante de deudas que siguen a la espera de ser cubiertas. Entre todas ellas propongo detener la mirada en una asignatura pendiente que día a día tiende a visibilizarse con mayor fuerza: la garantía de que nuestras vidas no se verán intempestivamente truncadas por ser mujeres.





ii

Wotancito, *Cruces rosas por feminicidios*, 24 de abril de 2006. Wikimedia Commons.

Lo elemental de la demanda hace todavía más penosa la necesidad de plantearla. En medio de mutaciones sociales que han abierto espacios públicos y privados a la participación femenina, una empezaría por preguntarse cómo es posible que ese tipo de manifestación de violencia extrema persista. Surgen también dudas sobre por qué se toleran los niveles de impunidad que contribuyen a reproducirla y queda en el aire la interrogante de hasta cuándo terminará una pesadilla con costos individuales, familiares y sociales tan altos.

Las respuestas a estas y a otras inquietudes que se agolpan conforme las cifras de feminicidios se incrementan no son halagüeñas. Cuando los casos adquieren notoriedad y nos topamos con rostros y circunstancias que retan el anonimato, perpetradores y víctimas dejan de ser referentes estadísticos y la cercanía del horror se potencia. La mayoría de las veces no conocemos ni a unos ni otras, pero los primeros suelen provocarnos indignación y las segundas tristeza e impotencia.

Tipificar como delito la violencia hacia las mujeres llevada a su máxima expresión fue una conquista importante. Además de abrir la puerta para perseguir y castigar a los culpables de cometerlo, ayuda a llevar un registro de los casos que en términos judiciales son ubicados en ese rubro. De acuerdo con la información que ofrece el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), durante el último quinquenio han crecido

los presuntos feminicidios que se registraron en México: de 411 en 2015 a 943 para 2019. A pesar de la emergencia sanitaria y el obligado confinamiento que la ha acompañado, para 2020 se consignaron 942.

Habría también que considerar en cuántas de las muertas a raíz de un homicidio doloso pesó su condición de género, aunque no se las clasificara en función de ello. Para este mismo periodo la tendencia que reporta el SESNSP bajo esa modalidad salta de 1 735 en 2015 a 2 794 en 2020. Lo mismo aplicaría para las presuntas víctimas de homicidio culposo: 3 391 en 2015 y 3 136 en 2020 (véase la progresión por año en el cuadro que acompaña a este escrito).

Quienes han trabajado el tema insisten en el enorme reto que conlleva sumar o restar a nivel macro conductas en las que intervienen resortes socioculturales que muchas veces únicamente pueden identificarse caso por caso. Las cifras anteriores reflejan sólo de manera parcial una dolorosa realidad que, conviene señalarlo, se materializa con distintos niveles de intensidad dependiendo del punto concreto del país del que se trate. Recorro a ellas porque con todo y sus limitaciones contribuyen a darnos una idea de lo que en el México de hoy está sucediendo sobre este tema. Decía antes y lo reitero: el que existan es una conquista cuyos alcances se deberán ensanchar, por lo pronto ayudan a reconocer los alcances del peligro que de manera permanente acecha a un sector específico de la población.



iii

Wotancito, *Manifestantes de Nicolás Romero, 24 de abril de 2016*. Wikimedia Commons.

El término con el que se destaca el sello de género tras los asesinatos de tantas mujeres se construyó hace menos de media centuria. Antes, la violencia sin apellidos le servía de camuflaje. Algunos testimonios del siglo XIX aluden a él, pero fue hasta 1976 cuando la antropóloga Diana H. Russell lo utilizó por primera vez en el Tribunal Internacional de Crímenes contra Mujeres. Ella habló de *femicides* y autorizó a Marcela Lagarde para que en lugar de traducirlo como *femicidio* (homicidio femenino) acuñara el concepto en español de feminicidio. Lagarde “quería que fuera un concepto claro, distinto, para que entonces viniera junto con todo el contenido del concepto”, la intención era rescatar la complejidad tras el contenido particular que había señalado Russell para los crímenes motivados por odio, desprecio, placer o un sentido de propiedad sobre las mujeres.

Además de su larga trayectoria académica y su activa participación en las luchas feministas, entre 2003 y 2006 Marcela Lagarde ocupó un escaño en el Congreso de la Unión y desde la Cámara de Diputados impulsó entre otras cosas la Ley General de Acceso de las Mujeres a Una Vida libre de Violencia que se promulgó en 2007 y sigue vigente. A partir de entonces el feminicidio se reconoce como tal dentro de la jerga jurídica y hoy en día sus sentidos son de dominio público.

No siempre fue así, desde el presente cuesta trabajo imaginar que la condición de género pudiera ignorarse

cuando las muertas de Juárez se empezaron a multiplicar. Sin embargo, para reconocer esa esencia hubo que erigir andamiajes en distintos frentes, incluido el conceptual. En las últimas décadas se ha alzado la voz para aclarar que la situación de vulnerabilidad en la que se nos ha colocado es fruto de estructuras y relaciones sociales poco equitativas, más que una marca de nacimiento. De manera paralela se ha exigido que en el diseño de las políticas públicas se adopten medidas que contrarresten las desventajas asociadas con esa inequidad y que en lo que se refiere a las conductas física y psicológicamente violentas que propician, se amplíen los márgenes de protección particular para las mujeres.

Batallas importantes se han dado y ganado; quedan otras por venir. Si en la primera década del siglo XXI tipificar los feminicidios como delitos de *lesa humanidad* y generar alertas de violencia de género para atender regiones y contextos específicos permitió avanzar en la real ubicación del problema, su utilidad para combatirlo ha resultado, cuando menos, insuficiente. A ello han contribuido la complicidad y/o pasividad de las instituciones responsables de garantizar nuestra integridad y el enorme desafío de transformar la cultura machista que amplios sectores de la sociedad mexicana siguen reproduciendo.

Los marcos legales, por bien diseñados que estén, se quedan en el limbo si no se acompañan de medidas que sancionan el deber ser comunitario. Tanto las estadísticas



CONÉCTATE INFORMAR TE DA PODER
PARA ACTUAR

twitter facebook YouTube flickr www.twitter.com/femicidio - www.femicidio.net

iv
Conéctate. Informar te da poder para actuar, cartel promocional. Fotografía de femicidio, 2011. Flickr Commons.

como los botones de muestra que un día sí y otro también encontramos en periódicos, noticieros y redes sociales permiten constatarlo. La incapacidad gubernamental y preocupantes atavismos sociales han sumado negativos a la hasta ahora infructuosa lucha por erradicar los diversos formatos que asumen las violencias de género.

Ninguna de ellas debería tolerarse, todas destruyen. Los feminicidios constituyen el acto más ominoso, si es que caben las gradaciones, de un abanico que va desde las frases y chistes sexistas hasta los golpes y maltratos físicos. Cada manifestación de este tipo forma parte de una cadena cuyo último eslabón propicia el fin de la vida. Romper las dinámicas que en tal contexto se originan e impedir que los resortes que las mueven continúen acumulando fuerza es una meta que deberíamos plantearnos todas y todos. No alcanzan la voluntad política de cambio, que tampoco está necesariamente dada de origen, ni la necesidad social del mismo, deben embonarse ambas para que gobierno y sociedad, codo con codo, puedan cortar de raíz las condiciones que alimentan y/o promueven el maltrato femenino tanto a nivel psicológico como físico.

Las inercias que se deben contrarrestar son producto del largo plazo, imprimirles un nuevo rumbo obliga a modificar condicionantes materiales y referentes culturales. El punto de partida es reconocer la necesidad de hacerlo, labor en la que, insistiría, se han dado pasos importantes. Quienes tenemos edad para ello recordamos lo que costó prender focos rojos cuando asolaron a Ciudad Juárez esas inercias cargadas de agresión que, de manera diferenciada dependiendo de la cuna a la que se llegue, pesan sobre quien nace mujer. Hoy las señales de alarma ya están encendidas y ha aumentado la toma de conciencia social sobre el tema, por lo que cada vez hay más convencidas y convencidos de lo impostergable que es contribuir a su solución.

CRUCES ROSAS, ZAPATOS ROJOS Y TENDEDEROS

Alimentar la memoria colectiva con retazos del camino hasta ahora andado impide que el tiempo desdibuje los horizontes a alcanzar. Las estrategias para que el olvido no se imponga son muchas, algunas podrán compartirse y otras nos parecerán ajenas, en todo caso su común denominador es mantener presente el tema y exigir un futuro

distinto. *Cruces rosas*, *Zapatos rojos* y *Tendederos* como símbolos que hacen presentes lugares y momentos sin importar la distancia que en espacio y tiempo nos separe de ellos, son tres ejemplos de objetos con los que se recrean situaciones particulares y, en el camino, generan sentidos que van más allá de las mismas.

Las *Cruces rosas* tienen su origen en Ciudad Juárez. Su uso para rememorar a las mujeres violentadas se ha extendido por los distintos puntos del país y en las marchas y acciones de protesta sobre el tema suelen recuperarse. Al inicio aparecieron cruces negras sobre fondo rosa pegadas en postes de luz, y que hacían las veces de alerta al ubicarse en trayectos peligrosos. Cuando la búsqueda de desaparecidas parecía más una necesidad privada que una obligación pública, las familias afectadas se solidarizaron formando colectivos e ingeniándose las como pudieran para enfrentar el problema. Eso hicieron la madre y la hermana de María del Sagrario, joven de 17 años vista por la última vez en abril de 1998 al salir de casa rumbo a su empleo en una maquiladora:

Quando pasó lo de mi hija nos unimos seis familias y formamos el grupo Voces Sin Eco, apoyando a las familias cuyas hijas desaparecían, y las acompañábamos para ayudarles y decirles dónde tenían que ir y poner las denuncias. Era la manera de apoyar a las familias porque no contábamos con recursos. Después de tres años decidimos apoyar, pero ya no de forma organizada. Fue entonces cuando mi hija pensó en un símbolo como prevención, que fueron las cruces negras sobre fondo rosa en memoria de ellas y colocamos una cruz de cuatro metros en la entrada de Juárez. Me preguntaron si tenía permiso para colocar esa cruz y yo respondí “a mí no me pidieron permiso para llevarse a mi hija” (entrevista realizada a Paula Flores por Javier Juárez Rodríguez en 2008).

La desaparición de Sagrario se sumó a la de siete mujeres que dos años atrás habían sido encontradas en la misma colonia donde ella vivía (Lomas de Poleo), y a las ocho que el año previo, 1995, aparecieron en Lote Bravo. En los terrenos baldíos de esas demarcaciones y de Camino a Electrolux y Granjas Santa Elena fue donde se empezó a enterrar o simplemente a abandonar a quienes enfrentaron un destino que debería ser borrado de cualquier oráculo social.

60 El simbolismo asociado con los *Zapatos rojos* también inició su camino entreverado con el dolor juarense. En este caso la apropiación del concepto ha rebasado las fronteras mexicanas e incluso, sin autorización previa de Elina Chauvet, su autora, se le ha replicado en espacios institucionales como el Palacio de Bellas Artes. La primera exposición se montó con el propósito de transmitir a públicos ampliados algunos de los sentimientos que provocan las violencias de género. Concebida como una representación artística que en el rojo fundía la esperanza con el inmenso dolor de quien perdió a su hermana, y, sobre todo, con el dolor social por la responsabilidad colectiva de permitir las, se ha hecho presente en otras ciudades de Argentina, Canadá, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Italia, México, Noruega y Reino Unido: “Nace en Ciudad Juárez en el 2009 con 33 pares de zapatos donados por mujeres juarenses. La primera instalación la realicé en avenida Juárez, la cual se conecta con Estados Unidos, un área donde se han suscitado desapariciones de jóvenes. El color rojo representa la sangre, pero también el corazón de la esperanza...” (entrevista realizada a Elina Chauvet por Mónica Vázquez Delgado en 2015).

Los *Tendederos*, por su parte, se han utilizado para visibilizar una de las manifestaciones de violencia de género que, sin llegar al maltrato físico y sus efectos más extremos, son igualmente perniciosas: el acoso. Dentro de culturas machistas como la mexicana se le ve como un mal menor, en el mejor de los casos, y se les acepta como algo natural, en el peor de ellos. Las campañas para erradicarlo de lugares de trabajo, medios de transporte, y cualquier espacio público o privado, incluido el familiar, se topan entre otros obstáculos con lo aparentemente inofensivo de este tipo de aproximaciones. Más que seguir cubriendo con velos lo que entraña, corresponde destruir la esencia que lo alimenta.

Denunciar el acoso sexual con *tendederos* es en la actualidad una práctica extendida en diversas instituciones mexicanas de educación media superior y superior. Alumnas de universidades públicas y privadas se han valido de ellos como recurso performático para hacerse oír y han conseguido llamar la atención dentro y fuera de sus escuelas. Está por verse si los cambios en las legislaciones y protocolos impulsados a raíz de tales montajes cumplen su cometido; de momento, sus posibles impactos se inscriben sobre todo en el medio académico.

La experiencia puede, sin embargo, repetirse en otros lugares y ambientes. De hecho, sus orígenes se ubican en la apuesta artística de Mónica Mayer titulada *Salón 77-78: nuevas tendencias* e inaugurada en marzo de 1978 en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México. En la obra de tres metros de largo por dos de alto, *El Tendedero*, colgaban papeletas rosas con las respuestas de mujeres de distintas clases sociales, edades y profesiones a la afirmación “Como Mujer, lo que más detesto de la ciudad es...” De manera espontánea algunas asistentes a la exposición añadieron en la parte posterior o en los espacios vacíos de las papeletas sus propias notas que, al igual que las originales, mencionaban insistentemente la violencia sexual. A partir de entonces la idea se ha materializado en otros espacios dentro y fuera de México y sus impactos potenciales como recurso para empujar el cambio están abiertos:

Nunca dejan de asombrarme las distintas formas en las que cada comunidad se apropia de *El Tendedero*. En este caso, el *Tendedero de Indiana*, que en teoría terminó a finales del 2020, ha sido retomado por un grupo de mujeres para ser usado como herramienta para reunir respuestas sobre acoso sexual en su estado, presentarlas ante su Congreso y exigir cambios legislativos. He acompañado el proceso desde que se inició, pero quienes me convocaron a hacerlo ya tenían muy claro para qué y cómo lo querían (Mónica Mayer, 2020).

En suma, los *Zapatos rojos*, los *Tendederos* y las *Cruces rosas* se han añadido a otras formas de expresar sentimientos encontrados frente a conductas siempre inadmisibles y que, en este momento de nuestra historia, resultan todavía más difíciles de entender. A través de las imágenes que generan se comparten dolor, rabia, impotencia, e incluso esperanza. Su apuesta es que todo ello y la denuncia que los cruza no se queden en el aire, cuando hagamos nuestra la necesidad de combatir de raíz las violencias físicas y psicológicas de género habrán finalmente cumplido su objetivo y quedarán en los recovecos de una memoria que a pesar de su dureza conviene guardar. Ojalá pronto podamos decir, emulando al cuento de Augusto Monterroso, *cuando despertó el feminicidio ya no estaba allí...*



Cuando la búsqueda de desaparecidas parecía más una necesidad privada que una obligación pública, las familias afectadas se solidarizaron formando colectivos.

v

Zapatos rojos durante la puesta en escena de *¿Qué tan altos son los edificios de Nueva York?* Ciudad de México, agosto de 2016. Fotografía de Vania Basulto, Secretaría de Cultura.

PARA SABER MÁS

Elina y sus zapatos rojos de lucha contra la violencia de la mujer, México, 2014, en <<https://cutt.ly/8ma4I9m>>.

LAGARDE, MARCELA, “Del femicidio al feminicidio”, *Desde el Jardín de Freud*, núm. 6, 2006, en <<https://cutt.ly/Kma4LLa>>.

Las tres muertes de Marisela Escobedo, México, dir. Carlos Pérez Osorio, Netflix, 2020, 109 min.

MAYER, MÓNICA, “El Tendedero”, en *De archivos y redes. Un proyecto artístico sobre la integración y reactivación de archivos*, México, 2020, en <<https://cutt.ly/hma4NcO>>.

ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

62

La Plaza

Vistas urbanas de

Manuel de Arellano

Mayor

Si se quiere tener un retrato pictórico de lo que fue el centro de la ciudad de México a inicios del siglo XVIII, con sus comerciantes y viandantes, la diversidad de los productos locales e importados y una arquitectura única, no hay como detenerse a observarlos a detalle en las pinturas de Manuel Arellano *Traslado de la imagen y estreno del santuario de Guadalupe y Celebridad de nochebuena en México. Año de 1720.*



i Diego Rivera, *La gran ciudad de Tenochtitlán*, mural, 1945. Conservaduría de Palacio Nacional.

A principios del siglo XVIII, la Plaza Mayor de la ciudad de México era elogiada como una de las más famosas del mundo por su opulencia. Se la comparaba y se la hacía competir con algunas de las edificadas en la antigüedad y con las más célebres de Europa. La razón principal era que aquí podían verse tanto los frutos de la tierra americana como los de Europa y Asia. Y si había algo que por entonces llamaba poderosamente la atención de los viajeros era el bullicio de la gente que se reunía en ella para intercambiar productos de los más variados géneros.

Ya en su *Segunda carta de relación*, fechada en octubre de 1520, Hernán Cortés había descrito con interés las muchas plazas que tenía la ciudad, donde había continuo mercado y tratos para comprar y vender. Decía que en los mercados se vendía cuanta cosa se podía hallar en toda la tierra, que eran tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no tener en la memoria a todas, y aun por no saber sus nombres, no podía expresarlas. Tampoco dejó de mencionar el orden de los pobladores que a cada calle asignaban un tipo de mercancía para su venta.

Dos siglos después, a pesar de la violenta destrucción que significó la conquista, Juan de Viera también destacó los tres espacios diferenciados que se apreciaban en el mercado de la Plaza Mayor. El primero estaba dedicado a la venta de los bastimentos de primera necesidad, vendidos sobre todo por los indígenas; el segundo se destinaba a los lujos de importación, concentrados en el Alcaicería o Parián; y el último, conocido como el Baratillo, exhibía los artículos no comestibles destinados a los pobres.

Cada tendejón del primer apartado estaba construido con carrizos, techado con paja y parasoles de petate, pero se distribuían en corredores con trazado reticular en donde se podían encontrar frutas y verduras de Xochimilco, maíz de Toluca y Chalco, dulces de Cuernavaca y las Amilpas, o el muy apreciado pulque de Apam, el cual, según Fray Toribio de Benavente, cuando era bebido con templanza, resultaba saludable y de mucha fuerza.

El segundo espacio en la Plaza, llamado de la Alcaicería o Parián, era una enorme construcción de madera, ubicada en la zona poniente. Había tomado su nombre del mercado de Manila, pues la mayoría de los artículos de lujo eran los que procedían de Filipinas y eran llevados por los comerciantes del “gremio de chinos”. Este, según Viera, era un verdadero “teatro de maravillas” donde se podían encontrar libros, telas y ropa fina, biombos, camas, espejos, joyería, abanicos, cristales y cerámica.

En el Baratillo, por último, había un sitio para los dulces, pero también herramientas, ropa vieja, sombreros y botas. Aunque, como contaron algunos otros observadores de la época, el Baratillo también fue considerado un lugar para el comercio y el intercambio de objetos robados, donde malvivientes y ladrones encontraban refugio para su actividad ilegal y su desafío hacia la autoridad y el orden.

De acuerdo con Fray Antonio de la Anunciación, quien describió la apariencia de la Plaza hacia 1729 en su libro *El Carmelo regocijado*, entre las nueve y las once de la mañana, en la amplitud y el espacioso sitio abierto de

64 la plaza concurrían los más variados pobladores de Nueva España. Su testimonio es sólo uno de los numerosos ejemplos que muestran la Plaza como el complejo espacio social y cultural de una nación multiétnica, cuyos pobladores comienzan a hacerse visibles en la pluma de los escritores y en el pincel de los artistas por su fisonomía, por sus vestidos y por sus actividades cotidianas. A veces esto se explica por lo extrañas que resultaban a los ojos de los viajeros las costumbres y las características físicas de la gente, pero también porque la ciudad y la plaza, además de ser la *urbe* de los edificios y el territorio físico, representaba la *civitas christiana* o el espíritu comunitario del espacio que los criollos buscaban enaltecer; la imagen de las virtudes nacionales defendidas por ellos, como españoles americanos que eran.

Tal vez esta fue la intención de Cristóbal de Villalpando cuando, hacia 1695, pintó su *Vista de la Plaza Mayor* por encargo del virrey Conde de Galve, quien, por conservar un recuerdo de su obra en el virreinato mexicano, dio énfasis a los proyectos que su administración promovió. Por eso, Villalpando pintó el mercado del Parián como se contemplaría si estuviera terminado, lo que no pasó sino hasta 1703. Sin embargo, la Plaza apareció en su obra puntualmente descrita, con toda su riqueza humana, incluyendo el bullicio.

VISTAS MONUMENTALES

Quien sí pudo contemplar la Plaza Mayor, ya reconstruida después del motín que destruyó casi por completo el palacio virreinal en 1692 y con el Parián terminado, fue Manuel de Arellano, probablemente discípulo de Villalpando y miembro de una familia de pintores que estuvo activa en Nueva España entre 1690 y 1730. A pesar de que todavía existen algunas dudas acerca de su identidad y de la posibilidad de atribuirle otras obras, de él se conocen con seguridad dos vistas urbanas monumentales: *Traslado de la imagen y estreno del santuario de Guadalupe* (1709) y *Celebridad de nochebuena en México. Año de 1720* (1721). En ambos casos, sin perder detalle alguno, Arellano desplegó una narrativa peculiar y muy poco convencional, así como una mirada aguda, capaz de traducir en imágenes las más variadas escenas cotidianas. Es posible imaginar a Arellano sobre la azotea de los edificios, tomando los apuntes que luego reuniría, a fin de conservar la espontaneidad de las pinceladas en el resultado de sus dos grandes vistas urbanas: *Traslado de la imagen*, de 176 x 270 cm, y *Celebridad de nochebuena*, de 252 x 282 cm.

Celebridad de nochebuena en México o *Vista de la Plaza Mayor de México en Nochebuena*, como también se conoce al lienzo de Arellano de 1721, es una vista nocturna en la que el elemento más destacado es precisamente el mercado. En él, tanto los diversos cuadrantes de la Plaza, como los cajones del Parián y cada uno de los puestos aparecen iluminados por las fogatas, las velas, los cirios y los farolillos que lleva la gente reunida, o aquellos que cuelgan y adornan los pasillos que sirven para circular entre las tiendas. Una decoración como esta sólo se hacía de manera especial para la celebración de la fiesta, porque también entonces como hoy, la Plaza fue, además de lugar para la civilidad, espacio para la festividad y para la protesta.

Habiendo conservado su cartela descriptiva, como se hacía en la mayoría de los mapas y muchas pinturas de tema histórico de la época, es posible identificar los principales edificios, sitios y sucesos de interés en aquella Nochebuena de 1720. Para mejor orientación, Arellano agregó las inscripciones con el punto cardinal que correspondía a cada lado del cuadro. Al tratarse de una vista de sur a norte, la Catedral aparece vista de frente y al fondo, en la parte superior dice *SEPTENTRIO*, en la inferior *MERIDIO*, en el lado derecho *ORIENS* y, aunque es un fragmento que parece faltar actualmente en la tela, es de suponer que en su lado derecho debió tener la inscripción correspondiente al occidente.

A pesar de que en una explicación social de la fiesta puede decirse que la mayoría servía para sobrellevar las tensiones de la vida cotidiana, y que al mismo tiempo era una forma de contravenir el orden moral a través de la embriaguez y los excesos, esto sólo permite entender, en parte, porqué la Iglesia y el Estado eran los principales interesados en promover celebraciones públicas que servirían para mantener las jerarquías, la desigualdad social y la unidad impuesta a la comunidad cristiana. Si la fiesta fue objeto de interés para propios y extraños, quienes dejaron noticia de su riqueza y complejidad, se debió sobre todo a la posibilidad de ser parte de algo que, de convencional, se transforma en extraordinario.

En la escena que pinta Arellano, la arquitectura de la Plaza, con sus edificios y sus numerosos personajes, transmite un mensaje y recurre a una retórica que principia con el paisaje urbano, en el cual la figura humana no es ya lo primordial, es pequeña y abocetada; su presen-



ii
Manuel de Arellano, *Celebración de Nochebuena en México* [detalle], óleo sobre tela, 1720. Colección Pérez Simón, México.

cia y su actuar son más bien poéticos, porque su belleza se encuentra en la reproducción sincera y natural de lo que ocurre en esa noche. Así, la profundidad espacial y la perspectiva componen uno de los elementos más notables del cuadro. El artista no sólo optó por un punto de vista muy elevado, sino que además su mirada ofrece una de las soluciones más típicamente barrocas que se pueden reconocer en el cuadro, la de la doble mirada: una frontal para captar la portada de la Catedral en toda su monumentalidad, y al mismo tiempo, una vista “a vuelo de pájaro” que le permite ver las azoteas, los techos del mercado y lo que sucede entre sus pasillos.

Sin embargo, antes que por su contenido, lo que hace del cuadro de Arellano una obra de verdad extraordinaria, es que se trata de una vista nocturna de la Plaza. Desde el siglo xvii, algunos maestros comenzaron a replantear el aspecto puramente formal de la luz, a través de programas teóricos y espirituales genuinamente innovadores. Si algunos de los primeros nocturnos renacen-

tiastas habían introducido el gusto por la alternancia rítmica de ciertos juegos cromáticos entre zonas iluminadas y oscuras, el cuadro de Arellano toma parte, en cambio, del virtuosismo que, en los siglos xvii y xviii, implicó la observación de los efectos que causaba el registro de la luz artificial como un valor simbólico y evocador, algo que además servía para evidenciar todos los detalles de la escena narrada que se querían destacar. Dicho de otro modo, el pintor deja ver, con una mirada espiritual, lo que desde una perspectiva exclusivamente natural sería imposible de apreciar.

Entre finales del siglo xvii y principios del xviii, uno de los elementos más escenográficos de la arquitectura urbana es la plaza. Dentro de la ciudad, los espacios vacíos, rodeados de edificios monumentales presididos por la fachada de las iglesias o por suntuosos palacios, pasaron de ser espacios urbanísticos de especial decoro a ocupar el sitio más representativo en la proclamación de la religiosidad y la orientación política de los españoles

iii

Manuel de Arellano, *Celebración de Nochebuena en México* [detalle], óleo sobre tela, 1720. Colección Pérez Simón, México.



iv

Manuel de Arellano, *Celebración de Nochebuena en México* [detalle], óleo sobre tela, 1720. Colección Pérez Simón, México.

67



americanos, quienes les fueron dando la forma que hoy siguen conservando como centro de poder. En la plaza se celebraba el poder, pero como un espectáculo cuya ficción no duraba más allá de su representación. Como registró Juan de Viera, entre las ocasiones especiales que animaban la vida y las ventas de la Plaza, había dos festejos anuales de indiscutible significado en la ciudad de México: el Día de Muertos y la Noche Buena.

68

En medio de la meditación acerca de la vida y la muerte, lo más importante no era la celebración religiosa, como podría pensarse, sino la venta generalizada de un tipo especial de mercancías que no se veían en el resto del año: los dulces. Según Viera, la fiesta era un pretexto para elaborar, con pasta de almendra, de pepita de calabaza o caramelo, todo género de figuras y confites. El dominico Thomas Gage, en su relato de *El inglés americano*, le dedicó todo un capítulo a los varios géneros de atoles y otras bebidas que ahí se vendían, pero para Fray Antonio de la Anunciación, cuando más resplandecían la grandeza, riqueza y opulencia de la plaza mexicana, era en las Pascuas de Navidad:

Porque, desde el día de la Concepción de Nuestra Señora, es tan sinnúmero el número y género de especies de cosas comestibles, dulces, frutas de España y América, que en multitud casi infinita de tiendas y puestos, vistosa y curiosamente compuestos, concurren y ofrecen a la vista y están convidando al gusto, la variedad de pescados, jamones y otras cosas de este género, que una de las mayores diversiones de las señoras y señores de México, en estos días y sus noches, es pasear en sus coches y forlones esta plaza, por las calles que forman estos puestos y tiendas, iluminadas con la multitud curiosa de varias y hermosas hechuras de luces y faroles, y recrear la vista y el gusto con tanto bueno y exquisito como del reino y de la Europa se les hace tangible y manifiesto. También aumenta mucho la hermosura de esta Real Plaza, una bellísima pila y fuente copiosa de agua que, con variedad de tazas y surtideros, refrigera a los sedientos y deleita la vista de los que la ponen en ella.

Fray Antonio de la Anunciación escribió su crónica nueve años después de que Arellano pintara su cuadro, pero en efecto, el centro de toda la escena, la más iluminada de toda la obra, la ocupan los puestos de la Plaza. El

alumbrado de cada puesto forma un conjunto de faroles, estrellas, esferas, cruces e imágenes devocionales, entre otros adornos que no esconden su variedad de colores. Tal y como anuncia la cartela, los puestos de frutas secas y de temporada son los que más se destacan, junto a los numerosos puestos de pescado. El humo y los vapores que despiden algunos locales dan cuenta de los alimentos que se vendían calientes o cocidos al momento. No pocos transeúntes van comiendo y bebiendo. Mujeres, hombres y niños lucen elegantes peinados, vestidos y capas, aunque son de todos los estratos y colores. Tampoco faltan caballos y perros que recorren la Plaza, pero casi nadie parece percatarse de que el pintor nos permite observarlos.

Además de los numerosos grupos que se reúnen al calor de las fogatas encendidas a las afueras del mercado, el puente del palacio, en el ángulo inferior derecho, aparece sumamente transitado. Por la izquierda, hacia el poniente, el puente de los Flamencos y el puente de las flores lo son un poco menos, pero el bullicio se compensa con varias canoas que flotan sobre la acequia, alumbradas por faroles de quienes ofrecen productos a la venta o que se han reunido precisamente ahí para comer, beber y jugar.

En la mitad inferior izquierda del cuadro, aparece el segundo edificio que más se destaca: El Parián. La perspectiva del pintor nos permite ver los arcos de su fachada sur, la azotea y la celebración que tiene lugar al interior, con grupos que también pasean entre los pasillos o mantienen la fiesta junto a sus propias fogatas. Por detrás, hacia el norte, se abre un espacio amplio, menos transitado, pero de una convivencia muy distinta, es la que Arellano llama plazuela de la Catedral, en cuyo centro se encuentra la cruz que aparece en la cartela con el número nueve. A pesar de ser la sección más oscura, poco iluminada y, en apariencia, de menor importancia, Arellano pintó con todo detalle y belleza las tres portadas de la Catedral barroca de la ciudad de México, con su única torre todavía sin terminar y la pequeña plazuelita del oriente, donde más tarde se edificaría el Sagrario.

En la portada de la Catedral, no sólo se perciben los relieves y las columnas que la adornaban mirando hacia la Plaza, también sus puertas abiertas que dejan ver un interior iluminado al que se encamina cierto número de feligreses, unos recibidos por el sacerdote en la puerta más occidental y otros que ingresan portando las farolas que los iluminan. Es de notar que, por encima de la Catedral, el artista no ha dejado de pintar un cielo azul brillante, oscurecido sólo por algunas nubes que lo atraviesan, pero



v
Manuel de Arellano, *Celebración de Nochebuena en México* [detalle], óleo sobre tela, 1720. Colección Pérez Simón, México.

contrastante con el rojo intenso de la larga azotea que se extiende desde la esquina sur del palacio real, hasta la azotea del palacio episcopal, en el ángulo superior derecho.

El último elemento que destaca el cuadro es un suceso que parece más anecdótico o teatral, aunque no lo bastante inquietante como para romper con el resto de las escenas. Arellano lo registró en la cartela con el número 27 como “Pendencia que apacigua la guardia de Palacio”. El asunto es tan poco preocupante, que su notación aparece entre la “Calle del Relox”, número 26, y los “Puestos de buñuelos” del número 28. Mucha gente corre en distintas direcciones, desde la calle oriental que desemboca junto a la Catedral hasta la fuente de la Plaza, frente a la puerta

del palacio. Tal parece que la pendencia y las riñas que no dejan de parecer aisladas en otros sitios del cuadro, también eran frecuentes en medio de la fiesta.

Así, el cuadro de Arellano resulta ser una obra de excepcional belleza por la calidad técnica de sus detalles y por su audacia de pintar la Plaza Mayor de noche, iluminada por la propia población y el mercado, empleando en ello recursos pictóricos muy poco comunes para su época. Pero, además, el pintor nos puso delante una imagen de la compleja sociedad del momento, entretejiendo un sinnúmero de narraciones simultáneas mediante detalles de aparente marginalidad. Junto a su valor estético, *Celebración de nochebuena* es también un documento histórico.

PARA SABER MÁS

ANTUÑANO MAURER, ALEJANDRO (ed.), *Plazas mayores de México. Arte y luz*, prólogo de Guillermo Tovar de Teresa, fotografía José Ignacio González Manterola, México, Grupo Financiero BBVA Bancomer, 2002.

El Zócalo, 500 años narrados desde el Palacio de Moctezuma, México, Nacional Monte de Piedad, 2018.

GONZALBO AIZPURU, PILAR (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. III. Siglo XVIII. Entre tradición y cambio*, México, COLMEX/FCE, 2014.

GUSTAVO PÉREZ RODRÍGUEZ
Seminario de Historia Militar y Naval

70 Guillermo Keller

Fotografía aérea de la Ciudad de México

Los intérpretes políticos de la historia quitaron a Agustín de Iturbide y Arámburu el crédito de consumidor de la independencia, para ubicarlo en el espacio singular de los villanos. La pintura que aquí se analiza, sin embargo, lo presenta al lado de Miguel Hidalgo y Costilla como uno de los libertadores: Hidalgo porque inició la rebelión emancipadora e Iturbide porque logró concluirla.



i Guillermo Keller López, *Vista de la Plaza de la Constitución con los volcanes de fondo*, Ciudad de México, 2020.

He vivido en el extranjero desde 2012 y durante estos años me ha sorprendido la percepción de los extranjeros sobre la Ciudad de México como “una ciudad grande más... una capital más del mundo”. Este ha sido mi mayor empuje para fotografiarla desde las alturas: mostrar lo impresionante y única que es, desde un punto de vista urbano y arquitectónico, y de riqueza natural en sus alrededores.

Hay dos maneras en que trabajo la fotografía aérea para este caso: montado en aviones comerciales y maniobrando desde tierra los vuelos en dron. Antes de subir a una aeronave llevo a cabo una sencilla investigación. El primer paso es conocer la ruta exacta que seguirá el vuelo

72 con base en las trayectorias de los recorridos de la última semana, con el fin de escoger asiento del lado derecho o izquierdo, según lo que me interese captar (por ejemplo, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl). El siguiente paso consiste en averiguar el plano del avión para evitar asientos cercanos al ala. También es importante la hora del vuelo, dependiendo de si quiero fotografiar el amanecer o la montaña a contraluz (todo sujeto a un precio barato del viaje).

Para las fotografías con dron debo confirmar que la zona del recorrido aéreo no esté prohibida para drones, planear la época del año (por ejemplo, cuando florecen buganvillas o nochebuenas), no irrumpir en la privacidad de la gente y tomar en cuenta la hora a fin de que la luz sea ideal. El 2020 ha sido único por el escaso tráfico, dada la pandemia. Los resultados de fotografías sobre Paseo de la Reforma, sin tráfico y con las nochebuenas en todo su esplendor, han sido maravillosos.

Al mostrar imágenes aéreas a personas que no conocen la ciudad, la mayoría de las veces se impresionan por la abundancia de sus espacios verdes. No se trata de “una jungla de concreto”, dicen, sino de una ciudad con importante cantidad de parques, monumentos y lugares arquitectónicos y urbanos únicos. Les sorprende tantas flores y monumentos en Paseo de la Reforma, y un barrio como San Ángel, con tanta personalidad mexicana.

Por esas reacciones me doy cuenta de que a los *chilangos* se nos olvidan las características amables del lugar en el que residimos. Me gustaría que estas fotografías aéreas contribuyeran a reflexionar acerca de las bondades de nuestra ciudad.

ii

Guillermo Keller López, *Av. Reforma con nochebuenas en el camellón*, Ciudad de México, 2020.

73





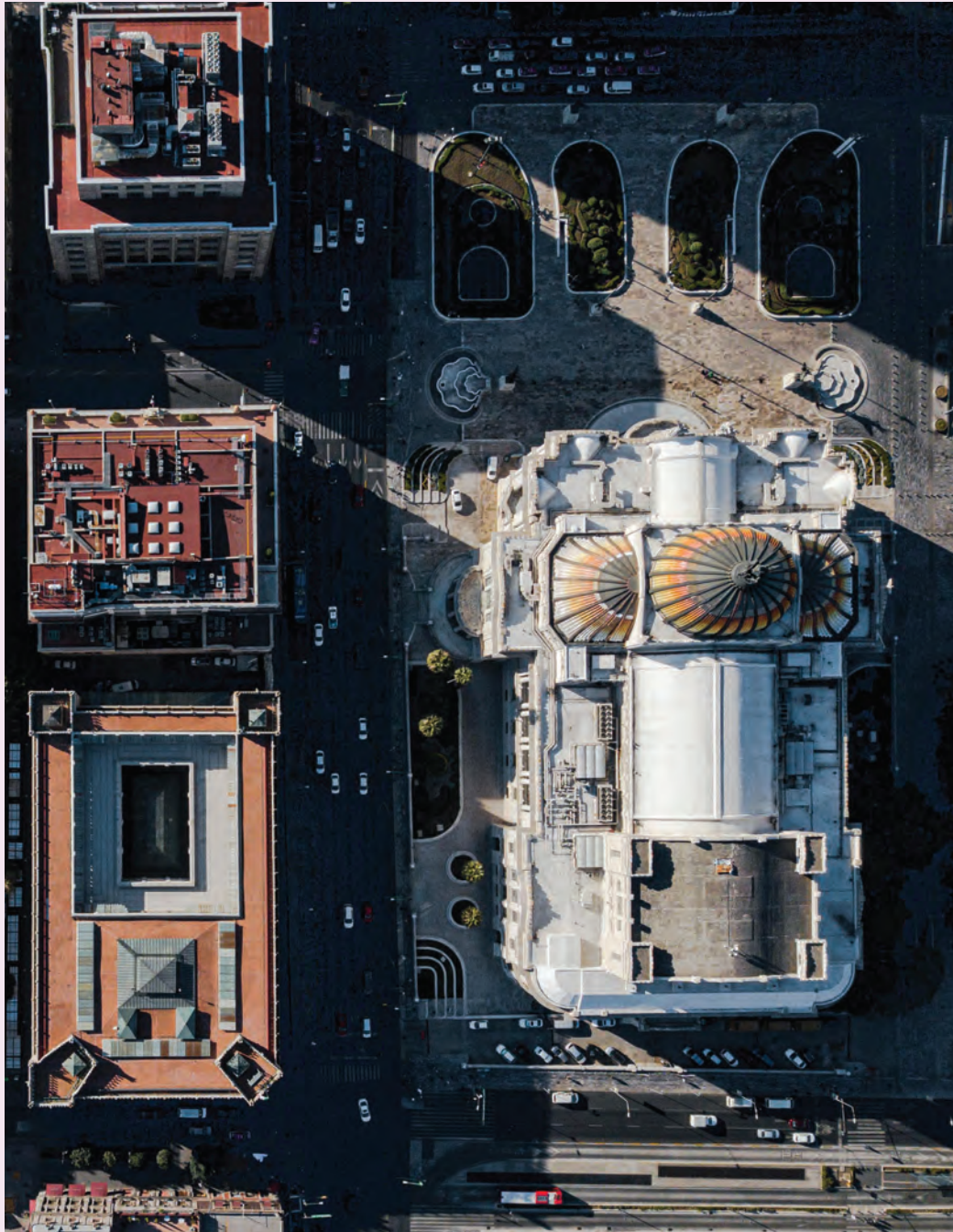


iii

Guillermo Keller López, *Altar a la Patria "Monumento a los niños" héroes y Av. Reforma*, Ciudad de México, 2020.



iv
Guillermo Keller López, *Torre latinoamericana*, Ciudad de México, 2020.



V Guillermo Keller López, *Palacio de Bellas Artes*, Ciudad de México, 2020.



vi
Guillermo Keller López, *Ángel de la Independencia*, Ciudad de México, 2020.

79



vii
Guillermo Keller López, *Altar a la Patria "Monumento a los Niños Héroes"*, Ciudad de México, 2020.

SILVIA L. CUESY

80

Cosa de todos los días



i Luis A. Reyes, *Leandro Valle*,
acuarela sobre marfil, 1860,
Museo Nacional de Historia.
Secretaría de Cultura-INAH-MÉX.
Reproducción autorizada por el
INAH.

Mucho gusto, mi general, tantos años penando por saber de usted... Empecé con las ganas cuando llegué a trabajar aquí, hace ya harto tiempo... Y nadie me daba razón. Anduve pregunte y pregunte por todos lados. De algunos asuntos supe casi sin yo indagarlo. Averiguar su historia se me volvió una testarudez, no sé por qué. Nadie me daba razón, le digo. ¡Chin!, como si usted no existiera; hasta topar, ¿a que no adivina con quiénes?: con los vendedores de libros viejos del rumbo que tanto saben... Pero cómo no va a existir, si aquí estamos, ¿no? Yo frente a usted y usted frente a mí. Quizá su excelencia no se imaginase nunca este momento; la verdad es que yo mucho menos. Curiosa la vida, ¿verdad?, ni aunque lo hubiese yo pedido me habría imaginado llegar a conocerlo. Si le toca a uno, aunque se esconda; si no le toca, aunque se ponga, dicen los refraneros.

Pasado el mediodía dieron la orden de venir a buscarlo, y que pega el brinco mi corazón. Cálmate, me dijeron mis dos compañeros que sabían de mi admiración por usted. Desde ese instante me comieron las ansias. Tal vez ansias de la misma calaña de aquellas que se apoderaban de usted al dirigir una batalla en contra de los sicarios del retroceso, como llamaba a sus enemigos. ¿Se acuerda de la sensación? A que sí. Seguro era como si le prendieran leña en los tanates, se lo apuesto. Haga memoria... Desde niño sobresalía por sus dotes de mando. Esas dotes, sin pierde, van acompañadas de un hormiguelo como de lumbre; tal vez igual al que traigo metido en la mugre de las uñas por la emoción de conocerlo al fin. No es para tanto, dirá usted al desgairé, fingiendo modestia. ¡Claro que sí! Su padre había sido militar y mucho le habrá enseñado, no se haga... Cómo no. Pero creo que no nomás fue eso, si me permite mi muy humilde opinión. Aunque ¿quién soy yo para andar dando opiniones a altas horas de la noche? Llegué de pronto y comencé a hablarle que te hable y su excelencia se preguntará qué clase de sabandija seré yo que aparecí de la nada sin mediar presentación ni cartas credenciales. ¿Acaso lo sobresalté con las linternas ahora que se fueron los otros? Y dirá sabandija porque mis humildes ropas no dan para pensar otra cosa, ¿eh? En cambio, su ilustrísima, ¡no'ombre!, usted es todo un militar, su atuendo de gala lo dice todo, aunque el fino paño esté raído hasta la lástima y haya perdido el color como lo pierde quien se desmaya justo antes de desplomarse. Disculpará su excelencia, pero las órdenes de arriba son órdenes que hay que cumplir sin decir ni pío, y aquí me tiene: obedeciéndolas.

Volviendo a mi humilde opinión, mi general, creo que ya traía usted un don. Diosito se lo dio, ¿no?, así como le dio el color claro de sus ojos. Si en sus charreteras alguien pretendiera ponerle todos sus galones tendrían que coserlas, una tras otra, hasta el mismo filo de la manga. ¿Exagero? A lo mejor... Permítame arreglarle el uniforme, el corbatín está torcido y la chaqueta empolvada. No creo que le apetezca fumar ¿verdad?, yo solamente cuando estoy cansado. ¿No le molesta si prendo un cigarrito?

Me escuece una preguntita desde hace rato... ¿Alguna vez sí lamentó no haber estado en la inmortal batalla de Chapultepec? Quizá hoy tuviera una mayor gloria de haber combatido al invasor ese 13 de septiembre, ¿no cree? Ya se lo dije, cuando a uno le toca, le toca y cuando no, no. ¡Chin!, de no haber sido porque semanas atrás, cuando por órdenes del presidente en turno

lo pasaron a filas, habría usted peleado en esa precisa y preciosa batalla tan celebrada cada año. ¡Lástima! Mire usted..., lo que son las cosas... Su brazo de subteniente niño sostuvo, disciplinado, la espada contra los polkos, gente revoltosa y egoísta, confundida y sin rumbo. Fueron las riñas casi bíblicas las que desataron el tufo a pólvora también en esta pobre ciudad de México, ¿no? Por todos los rincones los habitantes de nuestro desventurado país, convertidos en verdugos de sus propios hermanos, prendieron la mecha y luego ya no hubo cómo apagarla al aproximarse los invasores. ¡Ni cómo ni por dónde hacerle! Entonces fue cuando enfrentó a los gringos en alguna de las acciones en defensa de la capital y de la patria. Sin embargo, mantener las posiciones de Santa Clarita y Puente Colorado fue tanto inútil como intrascendente. No, no se sulfure, mi general. Espérese. La verdad, se lo confieso, anduve lee y lee, porque sépalo: sé leer sin trabajos. Ahí como lo ve, revisé algunos tomos que me prestan mis amigos libreros y no encontré datos sobre acciones memorables en la que usted tuviera un destello del mismo lustre que sus condiscípulos del Colegio Militar. Nin-gu-na, ¿eh? Ninguna acción memorable... Tampoco el otro general tuvo entonces notoriedad y honra, a pesar de sí haber combatido en el Castillo. No les tocaba... No les tocaba todavía...

¿Sabe?, yo los pienso a usted y al otro general todo el tiempo, más ahora que, ya ve, estoy cumpliendo este encarguito, y, chin, vuelve uno a revivir momentos y viejas heridas. Cosa de todos los días, dirá usted. Viera que no. ¿Y sabe cómo me los figuro? En el Colegio Militar jugando a la guerra. No en la primera guerra en la que les tocó bautizarse de sangre a edad temprana siendo alumnos en el Colegio de Chapultepec, en esa no; de esa acabamos de hablar. No. Me los imagino en la contienda en la que el país, débil y sin instituciones sólidas, una vez más, fue presa de los colores defendidos por sus habitantes. Unos contra las leyes, otros a favor de ellas. Pero, entonces, le digo, regreso en el tiempo y los inventos de chiquillos, librando la guerra constitucional que les tocó pelear después, en el futuro, en la flor de la juventud. Esa que ni en Calpulalpan halló fin, por más que así se creyera. Todo lo contrario: llegaron épocas peor de tormentosas y atormentadas...

A los dos los veo escoger a sus soldados entre el grupo de condiscípulos imberbes y con la tez llena de granos con pus. Cada uno selecciona a los más grandulones, mengos y dejados para usarlos como caballos, y luego los relajientos, a gritos y empujones, les piden participar. A usted lo veo dirigir la brigada de los Tragacuras montado en las espaldas de uno de los grandotes; el otro general jinetea también, valiéndose del lomo de otro, al frente de la brigada del Golpe de Pecho; nombres que, digo yo, se habrían puesto uno a otro en son de burla, como acostumbra los amigos para atizar sus guasas. Y a cada uno, los escucho clarito cuando repiten lo visto en sus clases:

–Sobre las trincheras –grita usted a sus condiscípulos simulando una acción en una gran meseta–. Tenemos que acabar con los rezanderos, arrebatarles sus misales y ponerles en las manos a la democracia. ¡Adelaaaante!

–Tercera columna, cargar de nuevo por su derecha –ordena su adversario, convencido de que este movimiento acabará con los jacobinos a quienes tanto odia–. Flanquear a los liberales por la izquierda. Este cerco los acabará por perder. ¡Áaaaanimo, ánimo, mis aguerridos. Dios está con nosotros!

–Si el enemigo te aprehende, apréstate a morir con honor –dice usted con valentía y convencimiento–. Desmonta el supuesto caballo y entrega al contrincante el palo que ha servido de espada, al ser derrotado en un asalto sin igual. Es la ley de la guerra.

–Yo haría lo mismo si estuviera en tu lugar, general Valle; con el rival no hay que tener piedad, aunque sea nuestro mejor amigo –dice el cabecilla del “ejército” victorioso.

Después acaba la escenificación en medio de la algarabía y las carcajadas de sus “soldados”. Faltando pocos minutos para entrar a los cursos vespertinos, se dan un fuerte abrazo y luego todos agarran camino hacia sus respectivas aulas.

A ver, permítame recordar mientras dejo todo listo para mañana. Perdón..., para dentro de unas horas, ¿eh? ¡Chin!, no sólo hay que arreglar su persona, también hay que terminar de barrer y limpiar; aprovecho y sigo acarreando memorias mientras hago lo mismo con las cubetas de agua. El Colegio Militar se cerró nueve meses luego de sufrir la invasión de Estados Unidos. En ese tiempo a su excelencia le dio por la poesía. ¿Se acuerda? Luego, el Colegio se puso en actividad otra vez y usted abandonó los versos para atender de nuevo la física y la mecánica, gracias a Dios... Asegún vi sus poemas eran malísimos, palabra. Era usted bien cursi, digo yo, aunque le enoje mi ignorante parecer. Una cosa es saber rimar y otra ser poeta, como le escuché decir a alguien.

Al terminar su carrera científica ascendió a teniente de ingenieros en el Batallón de Zapadores, quesque uno de los cuerpos más distinguidos por tener la oficialidad más instruida y decente, dicen los libros, eso dicen... Lástima que haya sido durante el gobierno de Santa Anna, digo yo, que tanto condenó sus once presidencias; a que usted igual, ¿no? A ese cargo renunció su excelencia por no poder servir a un régimen que mantenía preso a su padre. ¡Ni pensarlo dos veces! A él, a su señor padre, lo habían agarrado cuando establecía componendas levantiscas, fraguando una insurrección más, según la costumbre entre militares y políticos. Al escapar su progenitor, él y usted se unieron al movimiento revolucionario de Ayutla que después colocó al dictador, de una vez por todas, de patitas en la calle. Pero antes, mientras eran peras o eran manzanas, la carrera de su amigo Miguel subía como la leche al hervir. Se había opuesto al movimiento y permaneció del lado blanco, o sea, con Santa Anna ataviado entonces de ese color. Porque vaya si el presidente quince uñas fue uno de los campeones en el arte de cambiar el color de chaqueta según la conveniencia del momento.

Nadie más que ustedes sabrán si tanta leyenda sensiblera sobre su amistad, la suya con Miramón, fue de veras así de íntima y estrecha... Digo, para salvarse mutuamente una y otra vez hasta que finalmente uno perdiera la existencia en este volado que es la vida... Yo hubiera pensado que se conocían desde la cuna. ¿A poco no, mi general? Quizá porque los dos eran hijos de militares participantes en la lucha por nuestra independencia. Luego, porque la capital no era en ese entonces una ciudad grande, y digamos que por la década de 1830 las familias bien –eso si ustedes de veras eran familias más o menos bien– vivían por los mismos rumbos y frecuentaban los mismos lugares... Por

eso a mí no me extrañaba pensar que sí, que ya se conocían... Y resulta que no. Según me contó alguien, sus tempranas vidas no se habían cruzado. Me sorprendió saber que usted pasó su tierna infancia en el poblado de Jonacatepec, cercano a la heroica Cuautla, quizá tierra de sus ancestros. Fue después, cuando se avecinaba la guerra contra Estados Unidos, que se conocieron en el Colegio Militar. Le atiné, ¿verdad? ¿A poco no? Pero como le iba diciendo... No me vaya a decir que no. Usted llevaba cosa de dos años en el Colegio, y era ya sargento segundo, cuando Miramón ingresó como cadete en el 46. Dicen que usted se distinguía por sus buenas calificaciones, por su disciplina, pero también por su espíritu alegre. No me diga que de eso no se acuerda, ¡Ay, usted!

Perdóneme la risita, mi general, perdóneme. Ahora que lo veo bien, me doy cuenta de que necesitaría un buen corte de pelo, ja, ja, ja... Quien lo viera no adivinaría por qué en sus mocedades le apodaban "El Pelón". Mire nomás las greñas, déjeme relamerlas hacia atrás un poco con tantita saliva. Ánde, ya quedó. Dispensará mi torpeza y la risa, pero jamás pensé en trabajar en condiciones, digamos, tan comprometidas y apresuradas... La comitiva está por llegar y se sorprenderán hasta el disgusto si le ven los seis pelos de la barba tan crecidos. ¡Ufff! Ni modo, mi general, ¡chin!, no traigo ni tijeras ni navaja, ni me dijeron que lo hiciera ni a mí se me ocurrió. Oiga, ¿usted sólo se cortaba el pelo a rape o lo hacía algún peluquero del ejército, o quizá de la ciudad? ¿Qué tantas idioteces pregunta este pendejo?, debe estar discurrendo con justa razón. Pero siempre se me figuró que lo hacía por tener cabello rebelde, y viéndolo ahora creo que usted descubrió su calvicie prematura y así la disimulaba. ¿A poco no? Tal vez me equivoque. Digo, uno puede equivocarse en tantas cosas.

A ver, a ver. ¿Qué tanto hizo en París en el '56? Parece que no fueron meses muy fructíferos en cuanto a aprendizaje militar, ni tampoco en actividades diplomáticas en la Legación. Pero, ¿qué tal los amoríos? Verá: me lo imagino enamorado y galán, piropeando aquí y allá, y dejándose querer por las francesas que dicen por ahí que son atrevidas... Es usted un caballero y nunca dará detalles, y aunque me coma la curiosidad mejor ni le insisto... Pero eso sí, supe que regresó con un buen repertorio de canciones y, por supuesto, avisado para darse a conocer como un esforzado caudillo en la guerra constitucional. En cada batalla, sus proezas igualaban en arrojo a las de Don Quijote al atacar a los molinos de viento, digo yo.

Otra desgraciada etapa aquella... ¿La recuerda? Como si la rebelión de los polkos en el 47 se hubiera prolongado... En mi pobre opinión, como si la guerra en defensa de la Constitución se regara como verdolaga por todo el país trayéndonos peores males. Ni como contradecirme porque así fue. Sí. El país, el ejército, la población, las familias quedaron divididos en colores. Usted enfrentándose a su amigo; salvaguardando cada uno, a su modo, a la pobre y pisoteada patria. Porque a la patria se le puede amar de muchas maneras, digo yo. Reburujados los hombres: rojos, blancos, verdes y grises. Toda esa gente, amó a la patria según el color que su alma les dictaba. El color lo escoge cada individuo, y ese individuo se allega a otros sujetos del mismo color, estará usted de acuerdo conmigo, ¿no? Más aún, más peor, digo: dentro de grupos de algún color, de pronto, llega alguien con otra tonalidad... Lo que le quiero decir es que, por ejemplo, usted, mi general, era rojo rojo, pero tenía amigos

rojos con blanco o rojos con verde, incluso blancos, como es el caso del general Miramón. ¿Qué de qué hablo? Me hubiera preguntado desde el principio, caray. Yo mismo ya me enredé. ¡Híjole! A ver, mire, haga memoria: los rojos eran los liberales –los había radicales y moderados, según el tono de rojo; le repito, usted era rojo rojo; en usted no había tonos: era rojo y ya–, blancos eran los conservadores, verdes los que tenían esperanza y grises los que no tenían ni querían nada. ¡Chin!, a estos hubiera pertenecido yo que no tengo nada y nunca quiero tener nada, porque, dicen los que saben, así llega uno a tenerlo todo... Me basta con mis tres o cuatro libros y con esta chamba miserable para ser feliz. Ahí como ve, he conocido gente importante y hoy, si tengo suerte, hasta platico con alguien distinguido tan campante como estoy platicando con usted, mi general. ¿A que ya no se acordaba de tantas cosas? ¡Ay, usted! Pues pregúnteme algo y yo le contesto; eso sí, si antes no me gana el sueño...

Fíjese que los anticuarios de libros y yo los imaginábamos el otro día al general Miramón y a su ilustrísima, discutiendo en el restorán La Estrella, en la calle del Refugio, repite y repite lo mismo de siempre. Pero en esta ocasión, después del abrazo ya no habrá otra vez...

–Entiende, entiende, cabezota hueca; no digas palabras por decirlas, un Estado fuerte solamente lo lograremos con la destrucción de las instituciones feudales de la colonia, incluida la monarquía como forma de gobierno...

–¡Ah!, qué terquedad la tuya, Leandro. ¿De dónde sacas que una república democrática será la solución? ¿Qué no ves que no somos Estados Unidos?

–Ni tampoco somos Europa, su alteza Miramón I. –Burlándose de Miguel y llamándolo con el mote que le había puesto, alusivo a las ideas de algunos conservadores allegados a su compañero–. Dime, ¿dónde están los condes y los duques de abolengo de esta nación? ¡Carajo, Miguel, que no se te peguen esas ideas! Te va a carcomer la polilla. Y todo por andar liándote con los retardatarios. Acuérdate del dicho: “el que con lobos anda, a aullar se enseña...”.

–¡Ayayay, ¡qué generalito este!, –le reviraba su amigo y opositor, aludiendo al apodo que le pusiera cuando niños como guasa a su precoz escalafón militar–. Usted siempre tan ocurrente...

Los dos montados en su macho..., terqueando... La división barría con las leyes y las normas; se perdía la moral y aparecieron el odio y la maldad... Más que dos grandes fuerzas, cada grupo representaba grandes debilidades, mi general. Así lo leí, ¿eh? ¿A poco no? Irónico ¿no? Fuerzas que eran debilidades. Yo estoy de acuerdo con mis amigos y así se los dije: la poca o mucha organización del país se desvaneció como alma en pena que regresa al Purgatorio... Esa es la triste verdad.

–Entiende, Miguel, entiende por vida tuya: la Iglesia no puede andar mete y mete las narices en el gobierno. –Dice usted mientras se pasa la palma de la mano por la cabeza como queriéndosela rascar con las púas de cabello cortadas casi a rape–. Hay que separar Iglesia y Estado. Entieeeeende de una buena vez.

–Por lo visto, como cada uno defenderá con ardor su postura; muy amigos, muy amigos, pero hasta la muerte seremos también enemigos. No hay modo de conciliar lo irreconciliable, Leandro. Ustedes los liberales federalistas siempre con los ojos puestos en Estados Unidos, viendo qué copian de su for-

ma de gobierno, y con ropajes ajenos quieren vestir a la patria. –Miramón retira el plato con un dejo circunspecto ocasionado por la plática y por las agruras que le provoca el picante mole de olla que apuró hasta la última cucharada.

–Y ustedes los conservadores, suspirando como señoritas por la llegada de un príncipe azul que le coloque a la patria una corona en la cabeza. –Suelta usted una carcajada y lustra el plato con el último cacho de tortilla. Y a los postres, ambos siguen en rebatinga por la patria. Esa pobre patria, jaloneada por unos y otros como si se tratase de una muñeca de trapo, vieja y descosida, disputada por un par de perros, digo yo.

Bueno, basta de imaginaciones... Pura dramaturgia trasnochada, dirían mis amigos librereros. Le acomodaré los botones, no se vayan a caer y luego vengan los reclamos si alguno se pierde, ¿eh? No querrá que los invitados lo juzguen desaliñado. ¡Ay!, mi general, lo que hacen la vida en campaña y el correr de los años... ¡Chin!, en verdad trae usted mala cara y está a punto de desaparecer por la delgadez. Mire nomás. ¿Dónde se melló este diente que está por caerse? El disgusto que le estoy causando hoy será el último que padezca. No espere más visitas mías. Nadie volverá a alterar su paz, se lo juro. La Rotonda de las Personas Ilustres será su premio por los gloriosos servicios que prestó o que habría prestado a la patria de no haber sido fusilado por la espalda. Sí, oye bien, por la espalda. Como traidor, a sus 28 años. Fue por órdenes de uno de los más sanguinarios y despiadados generales del bando contrario, del bando blanco, dijéramos. Sí, del bando de su amigo Miguel...

Ya son las ocho de la mañana, escuche su excelencia las campanas de San Hipólito... Estamos a un día de comenzar el verano. Mire el cielo, va a estar despejado y caliente, se lo apuesto. Arando y meando, mi general, vámonos apurando que en unos minutos llegará la comitiva oficial para comenzar la ceremonia en su honor. Hoy da inicio y concluirá mañana domingo en presencia del presidente de la república. Déjeme nomás le acomodo los chapines de seda, sus pies cadavéricos no alcanzan a hormarlos... No se espante con el gentío. En unos instantes estarán, seguramente, algún familiar lejano y despiñado, reporteros y curiosos, que siempre los hay; para eso colocaron gradas afuera, y no faltarán los discursos de rigor por parte de las autoridades.

Lo desvié después de las fotos, las cámaras recién invadieron con sus clics el silencio sepulcral. Ahora aparto las ropas. Cabe usted perfecto en la bolsa donde reúno su osamenta. Sin tropiezo alguno entra en la nueva caja que trajeron ayer... Es más pequeña. Sus adornos dorados la hacen ver enojadísima si la comparamos con la pobreza de la que acaba de dejar... Hasta nunca, mi general... yo aquí me quedo al cuidado de los demás difuntos...



ii
Santiago Hernández, *Valle*, litografía en Manuel Payno, Vicente Rivapalacio, *El libro Rojo* (1520-1867), México, Díaz de León y White Editores, 1870. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

IVÁN LÓPEZGALLO
Instituto Mora

88 “Soy
fundador de
las artes
marciales en
México”



Manuel Mondragón y Kalb relata su vida en las artes marciales. Hechos y anécdotas que lo han tenido como protagonista estelar por más de medio siglo.



i Manuel Mondragón y Kalb practica con su hijo Javier. Colección de Manuel Mondragón y Kalb.

Las artes marciales orientales llegaron a México durante el porfiriato. El jiu jitsu –sistema de combate sin armas de los samuráis– y el judo –una versión más sistematizada y deportiva de aquel– fueron las primeras en ser practicadas regularmente en nuestro país, y en 1958 los judokas mexicanos debutaron en un evento internacional: el III Campeonato Panamericano de Judo. Ese mismo año llegó a México el japonés Nobuyoshi Murata para trabajar en los laboratorios farmacéuticos Takeda. Murata era cinta negra segundo dan de karate do por la escuela Shito Ryu. Aunque no tenía la intención de enseñar este arte marcial, en 1959 fue convencido por un grupo de jóvenes mexicanos, entre ellos Manuel Mondragón y Kalb, de hacerlo. Este último estableció y administró la primera escuela de esta disciplina en territorio nacional, convirtiéndose en una figura trascendental para el karate mexicano. Diez años después, Mondragón y Kalb trajo a México al coreano Dai Won Moon, un hombre fundamental para el desarrollo de la disciplina olímpica más exitosa para nuestro país en los últimos 30 años: el tae kwon do.

Descendiente de un general que participó en el golpe de Estado contra el presidente Madero, Manuel Mondragón y Kalb – médico cirujano por la UNAM y contralmirante médico naval– no es sólo una de las figuras más importantes de las artes marciales en nuestro país, sino que cuenta con una trayectoria de más de 40 años en la administración pública en la que ha ocupado puestos como los de secretario de Salud y secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal, Comisionado Nacional de Seguridad y Comisionado Nacional contra las Adicciones.

Las siguientes líneas forman parte de la entrevista realizada en marzo pasado en su casa en el Pedregal de San Ángel. Agradezco a mi maestro y amigo Sergio Pérezgrovas por haberla hecho posible.

MONDRAGÓN Y KALB EN PRIMERA PERSONA

90 A mí me dio clase el profesor Nobuyoshi Murata. Al maestro lo tengo deificado –ya murió– no tanto por la técnica, que era un técnico extraordinario, aunque no tenía más allá de segundo dan [en la escuela de karate Shito Ryu]. Nosotros lo convencimos de darnos clase y así se graduó hasta el octavo dan o noveno. Lo que tenía él acendrado era ese misticismo, un misticismo propio de la escuela que él estudió y de su propia personalidad.

Con el profesor Murata aprendimos un “karate-do”, el “do” del karate, importantísimo. El “do” es el propósito, el objeto, el para qué, el hacia dónde. Y nos enseñó eso en forma precisa, cumplida, clara, adecuada, transparente. Y eso nos significaba una gran disciplina, un gran orden y un gran sentido del honor, del cumplimiento y del aprendizaje. Esto, desde el primer día, desde nuestra primera pisada en un dojo [...] Desde pisar la madera, pisar el piso cualquiera que fuera, en este caso era [de] madera el dojo, se hacía ya con un sentido de disciplina, de ver las cosas de una manera diferente: el trato al maestro, el trato al compañero, el trato al lugar y el trato a uno mismo y a la enseñanza propiamente de lo que está uno aprendiendo.

Esto cayó en un grupo de doce alumnos, que fueron de los primeros alumnos de artes marciales, vamos a llamarle karate; aunque por ahí estaba un [Guillermo] Hoffner, estaba algún otro que por algún lado había aprendido y después lo llegamos a conocer, muy amigo, muy respetable, pero que no fue nuestro alumno. Después fue compañero de estudios, sí, compañero de combate, pero esos... prácticamente podemos decir que fueron los doce primeros alumnos de las artes marciales en México. Eran tan iniciales los que ahí estábamos, que cuando nos dijeron: “Vamos a aprender karate” no sabíamos qué era karate, si un producto medicinal, si una parte de un proverbio oriental. No, karate es, como ya lo repetimos y lo sabemos hasta los más iletrados, un arte marcial muy importante que hace grupo con todo el árbol del budo, del bujutsu, en donde están judo, karate do, aikido y todo lo demás que termina en el arte del manejo de la espada y la arquería, que digamos es lo más alto, lo más fino de

toda la genealogía de las artes marciales. Por eso en la vida hablamos de karate, pero hablamos de karate do, el porqué del hacer el uso de la mano: karate [significa] mano vacía; do, camino. El camino del guerrero dentro del arte marcial karate.

¿Cómo llegó el maestro Murata a dar clases? Un buen día Carlos Vila y yo, que éramos muy amigos, compañeros, ya murió él. Por cierto, antes de morir él venía aquí, a mi casa a hacer ejercicio conmigo. Él era compañero del Deportivo Chapultepec de pesas, hacíamos pesas juntos [...] él fue el que conoció al profesor Murata y el que me dijo a mí.

Fuimos a verlo. La respuesta, como en el libro *El arte de los arqueros japoneses*, en donde va un muchacho joven y le pide al maestro que le enseñe, el maestro le dice: “No, ustedes no saben guardar el orden que exige el arte marcial del arco.” Y va diario, a las cinco de la mañana le barre la calle, hasta que un día le dice: “Te voy a enseñar; estos son los requisitos”. Y lo pone naturalmente a barrer, a coser, a todo lo que quiera y le empieza a enseñar. Y un día le dice: “Lo único que no quiero que hagas, fíjate bien, cuando tires, [es] que veas al blanco con el ánimo de pegarle al blanco. Tú sigue la técnica, el instinto que te estoy enseñando.” Así lo hace y no le da al blanco, y un día afina viendo el blanco, tira y hace un blanco perfecto y el maestro le dice: “Deja tus cosas y retírate, no te quiero ver nunca”. “¡Maestro!” “Hiciste lo que te dije que no hicieras, viste el blanco. Y te voy a decir la razón por la cual: porque viendo el blanco, de cada cien tiros vas a atinar noventa y nueve, pero uno no vas a atinar, y ese uno va a significar tu muerte, de manera que... fuera.”

Otros seis meses de solicitar, hasta que lo acepta, y obviamente se convierte en un alumno especial, en donde el chiñe del arco japonés es que, como uno tire, el instinto lo lleva a hacer blanco contra el enemigo. Nunca tira uno viendo el blanco, tira uno al instinto. El karate tiene algo parecido, yo nunca golpeé una quijada o una cabeza intentando golpear la cabeza o la quijada, sino el hueco que instintivamente se me presentaba. Y eso era exactamente



ii
Manuel Mondragón y Kalb realiza una kata en el Campeonato Nacional de Karate, torneo del que se retiró invicto. Colección de Manuel Mondragón y Kalb.

donde llegaba el golpe que mata, el golpe de karate. Cuando dicen: “Cuidado con el karate porque mata”, no, no, todos los que dicen eso no matan, mata el que adquiere esta situación. Yo diría que yo la tengo ahora, a pesar de estar enfermo, limitado, etcétera, todavía tengo exactamente el instinto del hueco, el punto; o lo retomaré muy pronto si lo ensayo.

Fuimos a ver al profesor Murata y nos bateó, nos dijo lo mismo, sin haber leído el libro ni nada; no nos lo recomendó [ría], el libro, ni menos lo copió: “Los mexicanos no tienen capacidad.” Obviamente estamos hablando de 1959, hace muchos, muchos años de esto. Entonces, este... “no pueden”. Y fuimos y fuimos, hasta que un día nos dijo: “Les voy a enseñar” y se formó este grupo al que me refiero.

Empezamos en un departamento antiguo de mi padre en la calle de Nuevo León. Un día le dije: “Papá, pues estamos por inaugurar una escuela de esta naturaleza y yo quisiera ver si nos rentas un departamento.” Dice: “Tenemos uno en la planta baja que se está desocupando, úsenlo.” Y como buen tipo que era mi padre, dijo: “No me cobren... ni paguen renta ni nada”, no nos cobró renta. Entonces solamente era pagar el sueldo del maestro.

Al principio éramos doce, después veinte, después cincuenta, después dos grupos, después... y un buen día dijimos: “Aquí ya no cabemos” y nos cambiamos a Insurgentes y Hermosillo, en donde al principio tomamos la mitad del piso y después el piso completo. Hicimos un gimnasio precioso, tenía unas escaleras que llegaban al *mezzanine* y ahí había un espacio muy agradable, que era una sala pequeña para los maestros, un lugar donde nos podíamos cambiar los maestros, y del otro lado era un lugar especial para... eh, el vestidor de los alumnos. Directamente salíamos a un gimnasio que tenía la forma de “L”, una [parte] era paralela a Hermosillo y otra era perpendicular a Insurgentes. No tenía columnas, entonces teníamos la posibilidad de trabajar, de hacer muy buen ejercicio simultáneamente todos, muchos [...] fue una escuela primorosa. Ahí hubo, se dieron muchas generaciones, porque estuvimos ahí muchos años.

APRENDER A GOLPEAR

Yo les quiero decir lo que hacíamos para aceptar un alumno: tenía que tener [una] entrevista con el presidente de la asociación, que era yo. Le explicaba de qué se trataba, cuál era el objeto, lo que se perseguía, lo que se exigía de él y... necesitaba presentar cartas de recomendación y después necesitaba ser aceptado por todos los alumnos que estábamos activos.

Le decía a los alumnos que entraban: “Todos los que vienen... a ver, ¿por qué quieres tú aprender karate?” “Yo, maestro, por la disciplina, que...”. Ya que se echaban su rollo les decía: “Mentiras, todos quieren aprender esto para salir a la calle y darse una buena madriza [...] todos los que me han contestado me han dicho cosas que no son. Todos vienen para saber meter las manos y cuidado, están en su derecho, no es equivocado eso, no es que estén mal, tienen todo su derecho, el tiempo les va a quitar precisamente esta situación, el tiempo. El tiempo los va a llevar a entender cuál es el propósito de hacer el arte marcial.”

Al [sensei] Nishiyama yo le hice esta pregunta [...] Era en Hollywood Boulevard donde él tenía su gimnasio y era un lugar muy, pero pinchón, eh, cuidado. Y veía usted adentro a los tipos que decía: “¡Yo no me quiero encontrar con uno de estos!, ¡eh!”, porque además buenos para moverse, ¡puf! Y me dijo: “Mire, doctor, todos vienen con ganas de aprender a golpear, con el tiempo se dan cuenta [de] que el que quiere nada más eso se va, se va, se aburre, deja de hacerlo. Y el que se queda, se queda para hacer el arte marcial.”

CRECIMIENTO Y RUPTURA

Pasaron los años y el karate tuvo un auge brutal. Tan es así que empezaron a darse escuelas de karate de muchos tipos. Alumnos de alumnos de alumnos que ponían sus escuelas [...] A mí me vino bien ser director del deporte de la Ciudad de México, porque conjugué el permiso

para abrir una escuela de karate con que la escuela tuviera baños, que estuviera limpia, que el maestro tuviera grado efectivo y que tuviera grado de maestro. Y entonces lo hice en positivo: a todo aquel que no pasaba el grado le daba yo instrucción para ser maestro y al hacerlo maestro ya podía [dar clases]. No necesariamente que fuera Shito Ryu y Shotokan, no, que fuera lo que fuera, no iba a cortarle la capacidad de vivir del arte marcial si acaso estaba haciendo un buen esfuerzo, ¿no? Obviamente cuando me fui se acabó todo eso, pero por algo pasé a la historia también en eso, también en eso.

Un buen día el profesor Murata se va a Japón y nos manda en su lugar al profesor Matsura, con grandes calificaciones. Y Matsura ocupa el lugar de director técnico y desde que llega Matsura hace a un lado la técnica Shito Ryu, siendo él Shito Ryu y viniendo por el profesor Murata Shito Ryu. Y nos empieza a hablar del profesor Yatoh. "Yatoh", "Yatoh", "Yatoh", que era [integrante de la escuela] Shotokan. Un buen día nos llama y nos dice: "Conseguí que el maestro Yatoh venga a México, pero vamos a tener que cambiar la técnica de Shito Ryu a Shotokan." Nosotros, alumnos, no teníamos vela en esto, era algo técnico, ¿no? Y nosotros suponíamos que el profesor Murata estaba de acuerdo.

Viene el maestro Yatoh y nos damos cuenta [de] por qué el profesor Matsura busca a Yatoh, porque era verdaderamente una aplanadora el maestro Yatoh. ¡Guau! ¿Y quién se vuelve el consentido del profesor Yatoh, independientemente de ser ahí el grado más alto, etcétera? Yo. Y me convierto en el hombre, en el brazo derecho del profesor Yatoh.

Un día el profesor Yatoh y Matsura, como buenos japoneses cabrones –no estoy hablando de que todos los japoneses son buenos, aunque el profesor Murata era una maravilla– hicieron una simbiosis que acabó en un rompimiento. El profesor Matsura fue relegado por el profesor Yatoh y, después de dos años, uno de ellos le dijo al otro: "Vamos a hacernos ricos, ricos". "Bueno". Eso lo supe a trasmano. Y el profesor Yatoh empezó a hacerme a un lado.

Llegó a tal grado que quien habla, quien esto platica, decidió romper, no con Matsura, Matsura ya era muy chiquito, [sino] con el profesor Yatoh. Y una noche, terminando la clase, a la aplanadora esta la llamé y le dije: "Maestro, quiero hablar con usted." "Sí, cómo no, grrr", duro, "grrr". Ya no había nadie y ahí en la sala, en la salita nuestra: "He notado que usted tenía una actitud que no me merezco, no estoy a gusto y deseo que nuestra relación termine. No tenemos nada firmado, si usted tiene algo que decir, dígallo. Sé que usted está dando clases particulares", etcétera, "pero yo no estoy a gusto".

Pues me quiso hablar fuerte. Ah, ah, ah... cálmese. Yo le estoy hablando con razones y dando la salida para que usted siga dando clases y no tenga problemas. Yo voy a continuar dando clases de karate con los alumnos y los maestros que quieran quedarse conmigo, pero nadie me va a gritar y menos aquí que es mi casa, porque usted es el director técnico y yo soy el presidente. Y si usted cree que me va a gritar, ahorita, ahorita, no hay nadie, no hay nadie, el gimnasio está vacío o la calle está muy sola y usted decida qué quiere: o que terminemos bien o que nos demos una madriza aquí o afuera, usted escoja, yo estoy listo.

No quiso. No nada más no quiso, sino que se armó, andaba armado. No tuvo necesidad de sacar el arma, porque lo mato al hijo de la chingada, pero se armó el cabrón. Sí, andaba de 45. Sabía que yo tiraba, ¿no?

TAE KWON DO

Ya había pasado una época en la que íbamos a combatir a Estados Unidos, a varios lugares, y todavía en esa época se competía todos con todos. Y en Estados Unidos el área del sureste de Estados Unidos, toda el área de South Carolina, North Carolina, Louisiana, Tennessee, Oklahoma, toda esa área había competidores extraordinarios, de ahí viene [el profesor Dai Won] Moon, de Lubbock, Texas. Y ahí me hice muy amigo del profesor Jack Hwang, gran maestro de tae kwon do. Nos hicimos íntimos amigos.



Y cuando se van Yatoh y Matsura, que se van, al día siguiente no volvieron a presentarse, les cerré las puertas a los dos, conmigo no jugaban –ya se imaginarán ustedes porque la policía andaba por la derecha, no jugaba–. Y le hablé al profesor Hwang, le dije: “Jack, pasó esto.” “No te preocupes, yo te voy a conseguir a alguien.” Y me escribe Jack del profesor Moon: “Hay un muchacho extraordinariamente bueno, muy buen competidor, un gran técnico y aquí lo tienen en Lubbock, muy abandonado.”

Lo invito a México al profesor Moon, me cae muy bien como persona, muy agradable, muy amable, y lo invito a venir. Y de Lubbock a México hay una diferencia, ¿no?, además le pongo todo. Y cambiamos al tae kwon do y a tener que hablar con los alumnos y a tener que decirles que había transiciones.

Llega Moon y la pasábamos muy bien hasta que [a] Moon, otra vez el dinero, le dicen: “Vamos a ser ricos, vas a vender toda la implementación y la parafernalia del full contact.” Viene el full contact, fue cuando Isaías [Dueñas, futuro campeón mundial de este sistema] empezó a hacer full contact y se van inclusive a Puerto Rico. Pelean allá,

Ramiro [Guzmán, también campeón mundial] mata, sin querer obviamente, pero le da una patada y le truenan las vísceras a un muchacho de allá, en Santo Domingo. No en Puerto Rico, en Santo Domingo. Yo me entero y le dije a Moon: “Tú nunca me avisaste que iban a combatir de esa manera y yo te contraté y nos hicimos vínculos y socios en tae kwon do.” “Es que, Manuel...” “No, no, hasta aquí llegamos.”

Y se cortó todo, él se fue con todos los instructores, yo me quedé con el gimnasio y los instructores a su vez acabaron peleándose todos con él, Isaías, Ramiro, Fonseca...

José Luis Olivares fue el primero en irse. Todos acabaron peleados [...] en cambio a mí me exaltó nuevamente Moon, me reconoce como el fundador y todo eso, cosa que me importa poco, ¿no? Yo sé quién soy, lo que fui y todo eso. [...] Siento] una gran satisfacción que no ando gritando en la calle, como no grito nada de la policía ni nada de la parte médica [...] y de] todo lo que de alguna manera, modestia aparte, realicé en la vida, ¿no? Y obviamente en las artes marciales, pues soy fundador de las artes marciales en México y mira a dónde llegaron.

iii

Manuel Mondragón y Kalb junto a sus cuatro hijos. Colección de Manuel Mondragón y Kalb.

iv

Manuel Mondragón y Kalb enfrenta a dos oponentes. Colección de Manuel Mondragón y Kalb.

95

v

Manuel Mondragón y Kalb combate con el profesor Dai Won Moon. Colección de Manuel Mondragón y Kalb.





DARÍO FRITZ

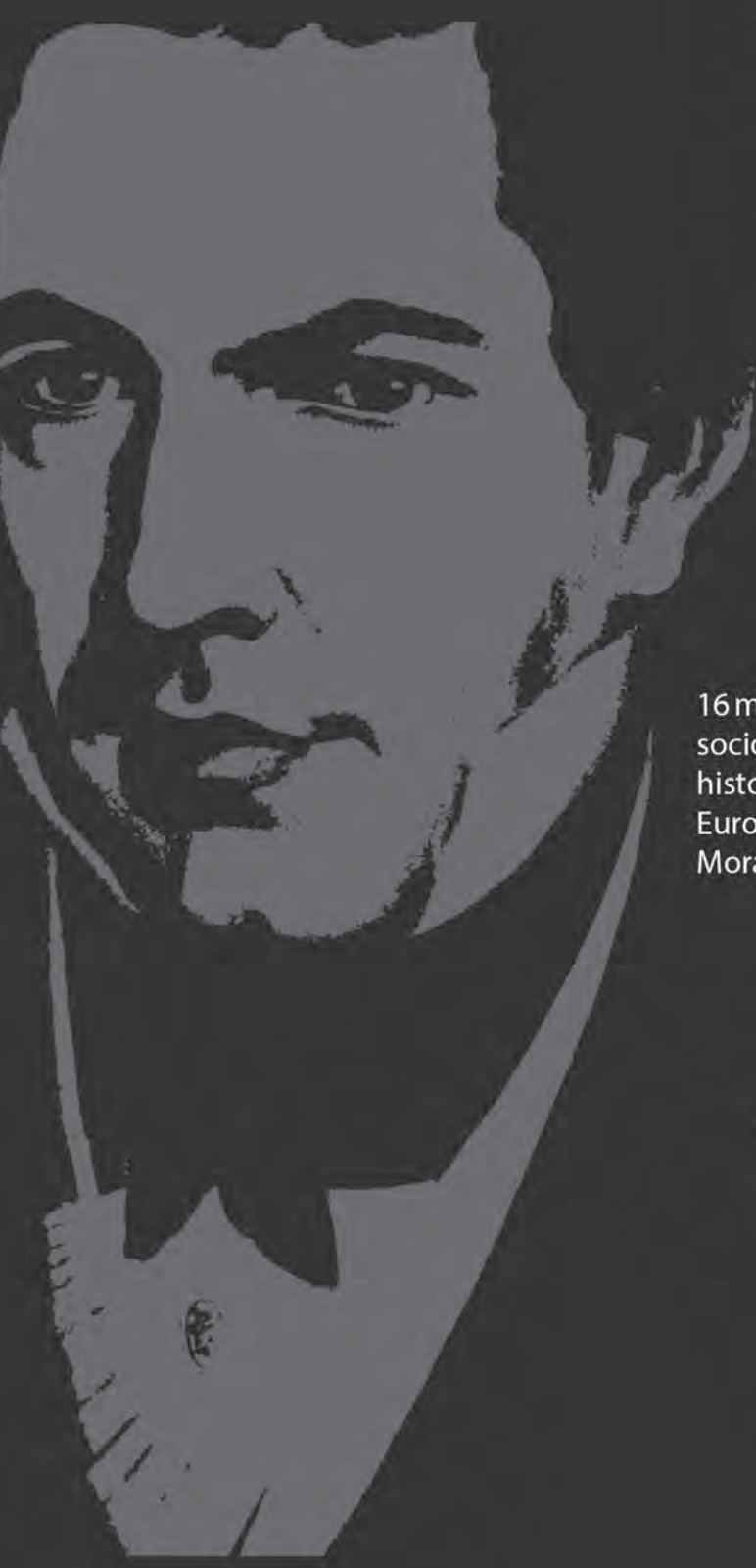
BiCentenario

Quiero ser niño

i
Cieguito con su lazarillo, ca.
1958, inv. 208607, Fototeca Na-
cional, INAH, SINAFO.

Al mundo no le faltan niñas ni niños. Es una verdad de Perogrullo. En 2021 somos algo así como 7 800 millones de habitantes en el planeta. Nada más que en el primer trimestre del año nacieron unos 31 000 000 de bebés. Y aunque las tasas de nacimiento anuales han bajado de manera considerable –algo así como 26% desde que fue tomada esta imagen en la ciudad de México en 1968–, sabemos que del salto de estos números fríos a la posibilidad de satisfacer las necesidades de niñas y niños, se trata de otro cantar. A los adultos nos cuesta ver el drama en los demás. Lo resolvemos con mirar a un costado y esquivarlo. Hay fotos que hablan de esperanza, de éxitos, de la belleza o de la muerte. Pero también hay otras que duelen y desarman. Que no se ven en las portadas de periódicos, en Instagram, ni en la apertura de noticiarios de televisión. Al niño de la foto no le interesa la cámara que lo registra, está muy pendiente del tráfico que en segundos avanzará por esa calle, de vigilar el cambio del semáforo, hacer equilibrio entre sus miedos y la velocidad de los vehículos para moverse. Pendiente de que el adulto no se despegue de manos y hombros, sus únicos lazos para sobrevivir. Avanzar hacia la otra orilla puede resultar un martirio cuando para otros es tan normal como dar un paso detrás de otro. El sol del mediodía los abriga del frío de una noche pasada a la intemperie –es difícil creer que tengan el cobijo de un techo propio–, y las plantas de sus pies descalzos quisieran volar sobre el cemento tibio. No se pueden permitir la calma. La figura sombreada de un perro transmite una paz que ellos no tienen, y que sólo perdurará mientras permanezcan unidos uno a otro.

Si confrontáramos esta imagen con el cruce más icónico de una calle en la historia de la fotografía, Los Beatles avanzando sobre Abbey Road (1969), despreocupación y temor, entusiasmo y desesperación, indiferencia y tensión, se complementarían en blanco y negro. Mientras el tránsito se detiene para ver pasar a los cuatro personajes que todo mundo identifica, aquí uno se figura que los conductores observan impacientes el lento avance de ambos desconocidos, y hasta algún desesperado toca el claxon para apurarles el paso. El niño y el adulto se saben inermes. Expuestos a que la suerte los acompañe porque aquí no hay atenuantes ante el peligro. Si la tragedia se consuma, ¿quién se acordaría del lazarillo y su acompañante agazapado?



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



LIBRERÍA DEL FONDO

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

16 mil ejemplares que versan sobre temas de economía, sociología, política, filosofía, antropología, derecho, historia de México e historia de América Latina y Europa. De ambos fondos editoriales, del Instituto Mora y del Fondo de Cultura Económica.

Plaza Valentín Gómez Farías 12, Col. San Juan Mixcoac,
Del. Benito Juárez, C.P. 03730 Tel. 55983777 ext. 1129

www.mora.edu.mx

www.fondodeculturaeconomica.com

ARTÍCULOS 06–Charros y *Jockeys*. Encuentro de dos mundos. **FAUSTINO A. AQUINO SÁNCHEZ** | **14**–Las fiestas del Rey Momo en la Mérida porfiriana. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **22**–El exilio de un villista en Estados Unidos. **IGNACIO EMERIO ANAYA MINJAREZ** | **28**–José Vasconcelos y el proyecto de educación y cultura. **JOSÉ ÁNGEL BERISTÁIN CARDOSO** | **36**–La fiesta del “niño pobre” en el centenario de 1921. **SERGIO MORENO JUÁREZ** | **44**–La presión empresarial a Ruiz Cortines y López Mateos. **CÉSAR CRUZ ÁLVAREZ** | ¶ **DESDE HOY 54**–Y cuando despertó el feminicidio estaba allí... **DIANA GUILLÉN** ¶ **ARTE 62**–La Plaza Mayor. Vistas urbanas de Manuel de Arellano. **ROBERTO FERNÁNDEZ CASTRO** ¶ **TESTIMONIO 70**–Guillermo Keller. Fotografía aérea de la Ciudad de México. **GUSTAVO PÉREZ RODRÍGUEZ** ¶ **CUENTO 80**–Cosa de todos los días. **SILVIA L. CUESY** ¶ **ENTREVISTA 88**–“Soy fundador de las artes marciales en México”. **IVÁN LÓPEZGALLO** ¶ **SEPIA 96**–Quiero ser niño. **DARÍO FRITZ** ¶

www.revistabicentenario.com.mx

